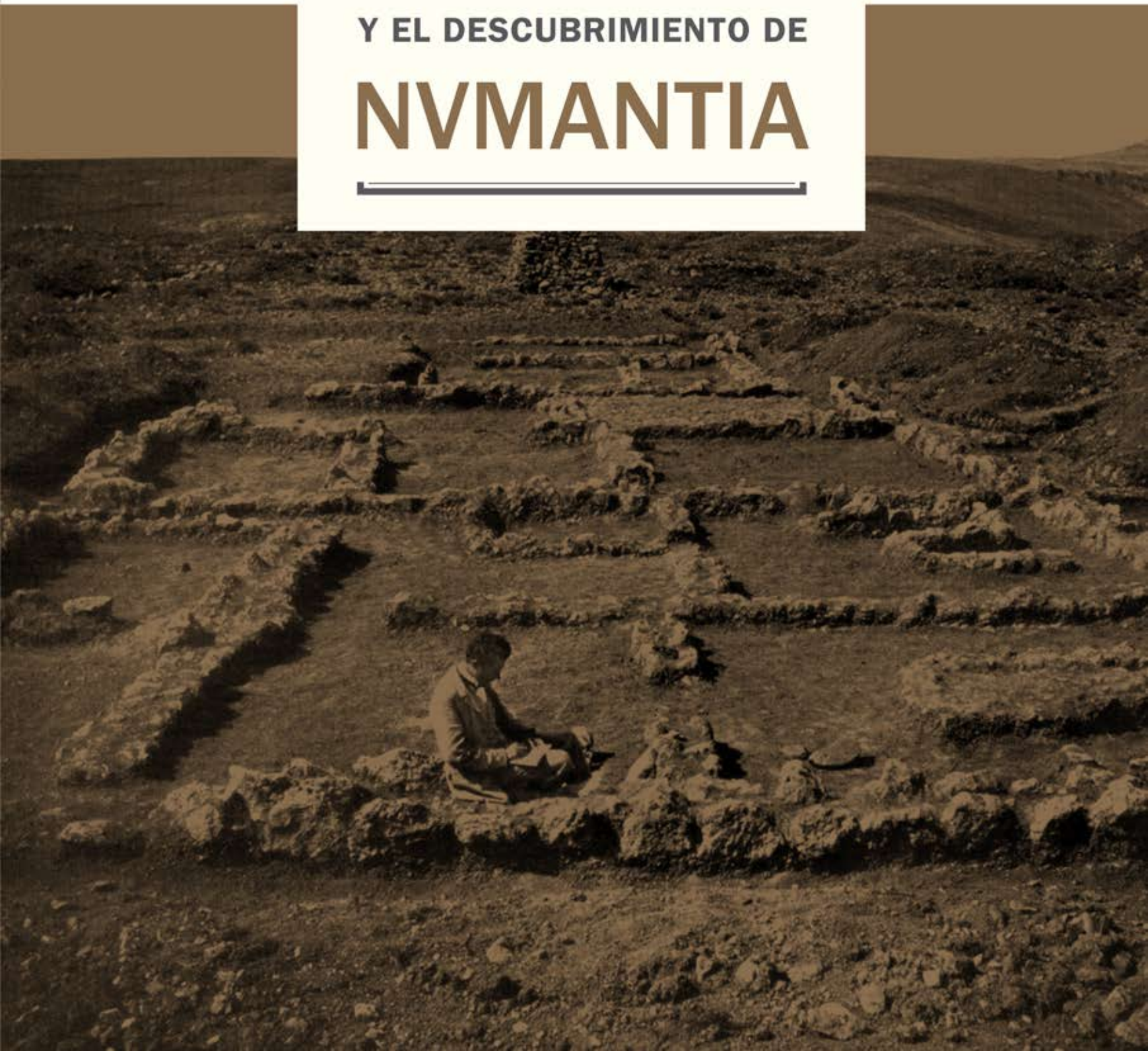
SCHULTEN

Y EL DESCUBRIMIENTO DE

NVMANTIA



MUSEO ARQUEOLÓGICO REGIONAL

Alcalá de Henares

Abril - Julio 2017

MUSEO NUMANTINO

Soria

Julio 2017 - Enero 2018

Editores científicos:
Enrique Baquedano y Marian Arlegui

Organizan:
Museo Arqueológico Regional (Comunidad de Madrid)
Museo Numantino (Junta de Castilla y León)
Instituto Arqueológico Alemán en Madrid
Römisch-Germanisches Zentralmuseum Mainz
Dirección General de Bellas Artes y Patrimonio Cultural. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Con la colaboración de:
Ayuntamiento de Soria
Museo Arqueológico Nacional
Biblioteca Pública de Soria
Archivo General de la Administración
Real Academia de la Historia
Arxiu familiar Jordi Rius Xirgu
Colección Agustín Escolano Benito

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO REGIONAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID

PRESIDENTE
CONSEJERO DE PRESIDENCIA,
JUSTICIA Y PORTAVOCÍA DEL GOBIERNO
Ángel Garrido García

VOCALES
DIRECTOR DE LA OFICINA DE CULTURA Y TURISMO
Jaime Miguel de los Santos González

DIRECTORA GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL
Paloma Sobrini Sagaseta de Ilúrdoz

DIRECTORA GENERAL DE PROMOCIÓN CULTURAL
María Pardo Álvarez

DIRECTOR GENERAL DE UNIVERSIDADES
E INVESTIGACIÓN
José Manuel Torralba Castelló

ALCALDE DE ALCALÁ DE HENARES
Javier Rodríguez Palacios

CATEDRÁTICA DE ARQUEOLOGÍA
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
Ma del Carmen Fernández Ochoa

CATEDRÁTICO DE PREHISTORIA
DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Gonzalo Ruiz Zapatero

SECRETARIO DEL CONSEJO
SECRETARIO GENERAL TÉCNICO
Pedro Guitart González-Valerio

MUSEO ARQUEOLÓGICO REGIONAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID

DIRECTOR
Enrique Baquedano

JEFE DEL SERVICIO DE DIFUSIÓN Y COMUNICACIÓN
Luis Palop Fernández

JEFE DEL SERVICIO DE ADMINISTRACIÓN
José María Pérez Mármol

JEFA DEL SERVICIO DE EXPOSICIONES
María Carrillo Tundidor

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN CONSEJERA DE CULTURA Y TURISMO

CONSEJERA DE CULTURA Y TURISMO
Ma Josefa García Cirac

SECRETARIO GENERAL
DE LA CONSEJERÍA DE CULTURA Y TURISMO
José Rodríguez Sanz-Pastor

DIRECTORA GENERAL DE POLÍTICAS CULTURALES
Mar Sancho Sanz

JEFA DEL SERVICIO DE MUSEOS
Ana Parra Sancho

DELEGADO TERRITORIAL DE SORIA
Manuel López Represa

JEFE DEL SERVICIO TERRITORIAL
DE CULTURA Y TURISMO EN SORIA
Carlos de la Casa Martínez

MUSEO NUMANTINO

DIRECTOR
Elías Terés Navarro

CONSERVADORA
Marian Arlegui Sánchez

RESTAURADORA
Blanca Martinez Pascual

COMITÉ CIENTÍFICO NVMANTIA 2017

Martín Almagro Gorbea, Academia de la Historia
Antón Alvar, UAH
Marian Arlegui Sánchez, Museo Numantino
Carlos de la Casa, Junta de Castilla y León
Germán Delibes, Universidad de Valladolid
José Javier Fernández Moreno, Junta de Castilla y León
Carmen Fernández Ochoa, UAM
Pilar Fernández Uriel, UNED
Mª Paz García Bellido, CSIC
Elena Heras, Junta de Castilla y León
José Mª Luzón, Academia de Bellas Artes
Julio Mangas, P. E. UCM
Fernando Morales, UCM
Ángel Morillo, UCM
Fernando Quesada, UAM
Fernando Romero Carnicero, Universidad de Valladolid
Mª Victoria Romero Carnicero, Universidad de Valladolid
Elías Terés Navarro, Museo Numantino
Juan Zozaya (†)
Enrique Baquedano, MAR

EXPOSICIÓN

COMISARIOS
Marian Arlegui Sánchez y Enrique Baquedano

COORDINACIÓN
María Carrillo Tundidor, coordinación general
Valle Cordero Herrero
Ángeles Serrano Anguita

DISEÑO GRÁFICO, MUSEOGRÁFICO Y
DIRECCIÓN DE MONTAJE
Jesús Moreno y asociados

ILUSTRACIONES
Albert Álvarez Marsal. Fuente: Enrique Baquedano y Marian Arlegui Sánchez

AUDIOVISUAL
Visor Audiovisual
visorvideo.tv

RESTAURACIÓN
ÜNIK
Sara Mañoso Sánchez
Virginia Uriarte Padró

DOCUMENTACIÓN
Arquetipo Gabinete Arqueológico

TRANSPORTE
SIT
Tti

SEGURO
HISCOX

CATÁLOGO

EDICIÓN CIENTÍFICA
Enrique Baquedano
Marian Arlegui Sánchez

COORDINACIÓN
Luis Palop, coordinación general
Valle Cordero Herrero
Ángeles Serrano Anguita

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Agustín de la Casa

DISEÑO, MAQUETACIÓN Y PREIMPRESIÓN
Carlos Malpartida

TRADUCCIONES
María Teresa Herranz Moreno
Ana Sánchez Ibañez

© De los textos: sus autores
© De las fotografías: sus autores
© De los dibujos y gráficos: sus autores

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN
BOCM

ISBN: *978-84-451-3607-2*

DEPÓSITO LEGAL: M-8647-2017

PORTADA: Peña Redonda, excavaciones de 1906.
El dibujante del fondo es Adolf Schulten (según Schulten 1927, Taf. 10,1). Foto: Juan Patterson (DAI-Madrid).

AGRADECIMIENTOS

RÖMISCH-GERMANISCHES ZENTRALMUSEUM MAINZ
Falko Daim (Director); Peter Bibinger; Alexandra Busch; Jérémie Chameroy; Jörg Drauschke; Markus Egg; Annette Frey; Raimon Graells i Fabregat; Ute Klatt; Christian Miks

MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL
Andrés Carretero (Director); Paloma Cabrera; Ma Ángeles Castellano; Bárbara Culubret; Carmen de Miguel; Aurora Ladero; Esperanza Manso; Carmen Marcos; Mónica Martín; Margarita Moreno; Alicia Rodero

INSTITUTO ARQUEOLÓGICO ALEMÁN DE MADRID
Dirce Marzoli (Directora); María Díaz; Óscar García; Elisa Puch; John Patterson

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Carmen Iglesias (Directora); Pilar Cuesta; Jorge Maier; Jaime Olmedo

ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN
Mercedes Martín-Palomino y Benito (Directora); Ma Isabel Guillén; Alejandra Rico; Juan José Villar

BIBLIOTECA PÚBLICA DE SORIA
Teresa de la Fuente (Directora)

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
Luis Lafuente Batanero (Director General de Bellas Artes y Patrimonio Cultural); Emilia Aglio; Marta Tudela; Isabel Izquierdo

Jordi Rius Xirgu

Agustín Escolano Benito

Los antagonistas en las guerras numantinas: Mitos, concepción y práctica de la guerra y efectivos

Fernando Quesada Sanz
Universidad Autónoma de Madrid

En la pág. anterior:
Ilustración "Arévacos". Albert Álvarez Marsal.

Estudiar y comprender las Guerras Celtibéricas exige, en primer lugar, comprender una tradición historiográfica que ha moldeado a lo largo de más de dos siglos, quizá de manera irreversible, la concepción de lo esencial de las mismas en el mundo no especializado. Grabadas están a fuego en el imaginario popular e incluso en parte del académico las imágenes del ansia de libertad del conjunto de los hispanos frente a la opresora, cínica y despiadada máquina romana; de los resonantes éxitos militares de los celtíberos frente a una Roma a menudo torpe mandada por generales-políticos amateurs; de la superioridad de una guerra de guerrillas inteligente por parte de guerreros indómitos e indisciplinados pero animados por la noble justicia de su causa. Tanto han calado estas ideas que un necesario proceso de reexamen y deconstrucción ha de pasar por la evaluación del ritmo y objetivos de la guerra desde la perspectiva política romana; de la concepción misma de la guerra entre pueblos tan dispares, la cuestión de los efectivos puestos en juego, y de las formas de combatir de los antagonistas. En las páginas que siguen abordaremos con brevedad algunas ideas, polémicas algunas para muchos, sobre estas cuestiones.

¿Una guerra de buenos y malos?

> *En muchos españoles se reconocen aún las cualidades del antiguo celtíbero... el hombre de la Meseta ha permanecido igual que era, fuerte y altivo. (Schulten 1945:166)*

El punto de partida ha de ser, sin duda, el de la visión española tradicional de las Guerras Celtibéricas en términos morales y esencialistas. Sobre ello es muy larga la bibliografía, incluso ciñéndonos solo al ámbito numantino. Fernando Wulff en su estudio de las 'esencias patrias' (Wulff, 2003) ha desmenuzado con sentido crítico una tradición historiográfica que, al analizar la conquista romana de la Meseta desde una visión que enlaza el pasado celtíbero con la actualidad española como si un hilo atemporal invisible los uniera, ha prestado un flaco servicio a la sobriedad del historiador. El ensayo historiográfico de Fernando Wulff debe ser complementado con provecho, para el caso de Numancia, con el de Alfredo Jimeno y Jose I. de la Torre (2005), especialmente en sus consideraciones sobre la búsqueda de una identidad nacional (2005:171 ss.).

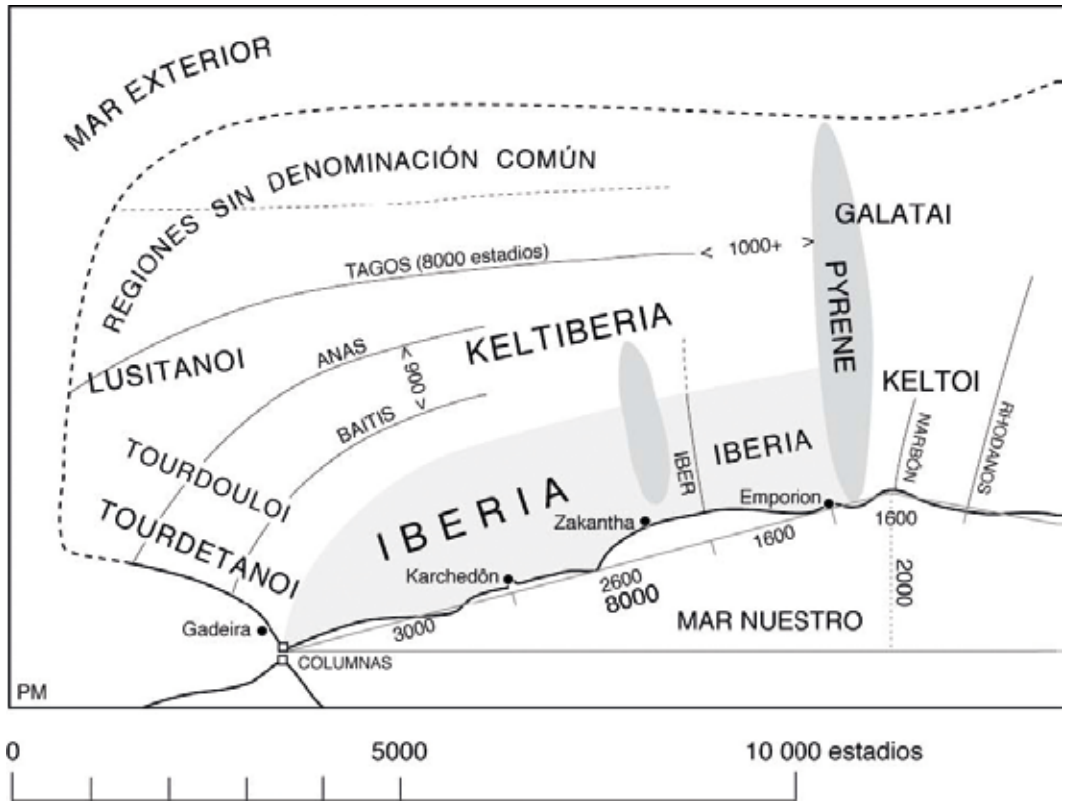
Ya en la 'Numancia' de Cervantes de c.1585 (Álvarez, 1997) aparece una 'sola y desdichada España' celtíbera (Jornada Primera, v.360) objeto de la depredación de Roma, y esa visión del s. XVI en la que Cervantes veía una lección de patriotismo y de amor por la libertad para su presente (Cortadella, 2005:557) perdura hasta la actualidad. Desde entonces, los estratos historiográficos que se han ido acumulado han fosilizado en el imaginario popular la idea de que los celtíberos y en particular los numantinos revelan en su comportamiento unas supuestas esencias patrias de la España actual. Así, en un rápido recorrido de muestra, la popular Historia de España de Blánquez de 1934 consideraba que Indíbil y Mandonio 'pagaron con sus vidas su amor a la independencia patria" (1934:33) y sobre todo que Numancia proporcionó una 'sublime lección de heroísmo que en nuestra historia tendrá imitadores' (1934:37). Sólo como pervivencia de mitos puede entenderse que un librito ya muy reciente sobre Numancia se subtitule *'eterno monumento a la libertad'* (lo que podría con buena voluntad tener algún sentido) y que en su primera línea identifique directamente la 'Iberia griega' (*sic*) o la Hispania romana con 'nuestra España' (Lago, 2006:7). Esta visión historiográfica se recrea en la frase 'los primeros en ser invadidos, los últimos en ser conquistados' (parafraseada de Livio 28,12,12) que cuenta incluso con un hilo propio en ese gran crisol virtual que es 'forocoches' (*http://www.forocoches.com/foro/showthread.php?t=1431768*). Todo ello dentro de una intención consciente de enlazar aquel pasado con el presente, obviando los enormes cambios y aportaciones surgidos a lo largo de milenios, y cayendo en un esencialismo histórico. Y ello se aplica sobre todo en la forma de guerrear, como ya insistiera Schulten (1914:202 ss.; 1945:31-33) mediante sus comparaciones con la guerrilla en la Guerra de Independencia y las Guerras Carlistas y, siguiéndole, desde el manual de A. Ballesteros (1945:20, 24) hasta el muy reciente de Joseph Pérez que cae en la misma trampa en fechas muy recientes: "una capacidad guerrera que le sirvió mucho más tarde al pueblo español para oponer a las tropas de Napoleón Bonaparte una forma genuina de lucha: la guerrilla" (Pérez, 2011:16). Incluso un historiador militar moderno sostiene la existencia de una forma 'española' de combatir que se remontaría al pasado prerromano: "característica hispana que llega hasta los legionarios del Tercio, últimos en preferir la bayoneta a la granada de mano', incidiendo en la aversión hispana por las armas arrojadizas a distancia (Gárate, 1981:9). Este mismo autor condensaba en el título de uno de sus artículos los dos conceptos tópicos que vamos a discutir: *"Las guerrillas celtíberas como antecedente para la historia del ejército español"* (Gárate, 1970). Aunque todas estas visiones nacionalistas e identitarias anteceden con mucho en el tiempo al franquismo, y surgen ya en el s. XIX, se vieron considerablemente reforzadas por él, como se documenta en textos de la época que buscan un antecedente directo en Numancia al valor demostrado por los combatientes en el Alcázar de Toledo o Belchite, y ello incluso en textos escolares cuya finalidad de adoctrinamiento es evidente. Varios ejemplos de ello pueden encontrarse citados literalmente en el citado libro de Jimeno y de La Torre (2005:197 ss.). Por supuesto, en la historiografía reciente hay muchos trabajos modélicos redactados por profesionales que evitan cuidadosamente estos excesos, como por ejemplo la obra coordinada por E. Sánchez Moreno y J. Gómez Pantoja (2008).

No nos interesa ahora la amplia variedad de aspectos en que -se supone- queda manifestado ese esencialismo histórico atemporal, sino que nos ceñiremos a los aspectos militares, cristalizados todos ellos en mitos que a estas alturas son demostrablemente erróneos. Incluso el del suicidio colectivo y masivo de los numantinos resulta ser eso, una exageración, si leemos la mejor de las fuentes que nos ha llegado:

> *En primer lugar se dieron muerte aquellos que lo deseaban, cada uno de una forma. Los restantes acudieron al tercer día al lugar convenido, espectáculo terrible y prodigioso, sus cuerpos estaban sucios, llenos de porquería, con las uñas crecidas, cubiertos de vello y despedían un olor fétido... Por estas razones [los numantinos] aparecieron ante sus enemigos dignos de compasión, pero temibles en su mirada, pues aún mostraban en sus rostros la cólera, el dolor, la fatiga y la conciencia de haberse devorado los unos a los otros. Escipión, después de haber elegido cincuenta de entre ellos para su triunfo, vendió a los restantes y arrasó hasta los cimientos a la ciudad.* Apiano (*Iber. 97-98*).

De hecho, el tema del suicidio heroico tras la derrota gloriosa ha sido recientemente desmontado con precisión desde un punto de vista de la historiografía española por F. Pina (2014), y por P. Moret (2013) como un *topos* literario de los autores clásicos.

Dejando esto, examinaremos pues algunos aspectos de contenido militar. Por un lado, la idea de que los celtíberos lucharon unidos frente a Roma, enarbolando una conciencia



Mapa 1: La visión romana de Hispania en época de Polibio (mediados del s. II a.C.) Según P. Moret, 2005. Desde la perspectiva romana, la Península Ibérica (todavía no claramente identificada como tal a mediados del s. II a.C.) estaba 'apaisada' lo que explica la clasificación de las Provincias como Citerior (más cercana a Roma) y Ulterior (más lejana).

nacional basada en una legítima ansia de libertad: en realidad, los hispanos luchaban entre sí, incluso cuando Roma extendía su dominio gradualmente, con tanto o más entusiasmo que contra Roma, y muchos de sus comunidades se aliaron con ella en una visión cortoplacista pero inevitable en sus parámetros mentales. Por otro, la impresión generalizada de que fue una enconada resistencia hispana la que hizo tan lenta y difícil la expansión romana, más que los vaivenes de la política interior romana y su dedicación a otras campañas o intereses más urgentes. Finalmente, la idea de que la forma natural de hacer la guerra de los pueblos iberos era la guerrilla irregular, aprovechando la ventaja del conocimiento del terreno y optimizando las 'características nacionales' locales. Aunque también haremos alguna reflexión breve, dejaremos para otra ocasión mejor argumentar detalladamente nuestra postura de que, en general, los hispanos estuvieron sistemáticamente en batalla en inferioridad, y no en superioridad numérica, frente a los romanos.

¿Más desunidos que unidos?

> *El haber estado éstos divididos en pequeñas tribus y reinos que, por orgullo, no se mezclaban entre sí, por lo cual eran débiles contra los que atacaban desde fuera.* (Estrabón 3,4,5)

Citábamos antes a Cervantes, y es apropiado dado el cuarto centenario de su muerte, cuya *Numancia* decíamos que se constituía en ejemplo de patriotismo, hasta cierto punto anacrónico por ser un modelo de una España que no existía. Pero sin embargo en la misma obra el tema de la desunión y la discordia interna (*'jamás en su provecho concertaron/los divididos ánimos furiosos'* vv.376-77) plantea un problema clave, que puede releerse a la luz de la investigación moderna.

La desunión de los pueblos hispanos contra Roma y sus consecuencias -nefastas desde su punto de vista- es un tema bien estudiado desde hace mucho. La idea parte de las mismas fuentes clásicas, que en esto son explícitas (Estrabón 3,4,5; Floro

1,33,3, etc.), aunque en ciertos manuales modernos subyace un cierto lamento, que apenas oculta la idea romántica: 'si solo hubieran sido capaces de unir sus esfuerzos...'. La complejidad, ambigüedad e incluso las contradicciones de las fuentes en la definición de las etnias peninsulares no ayuda a entender con claridad siquiera si se puede hablar de 'desunión' en los términos en que la venimos concibiendo desde el s. XIX (ver al respecto en último lugar Ciprés 2013:252 ss.). Lo que no suele plantearse con la necesaria claridad es que la pretensión de que los pueblos peninsulares, o los de la Meseta solo, o solo los celtíberos de la Meseta oriental, hubieran presentado como 'nación' un frente unido, coherente y prolongado en el tiempo, es proyectar valores geopolíticos actuales al pasado, y es desear o plantear un imposible. ¿Por qué?... porque supone en dichos pueblos una sociedad y una mentalidad que les exigiría una concepción estratégica a largo plazo que simplemente no podían tener: querríamos así unos vaceos, vetones, y a unos celtíberos arévacos, lusones, belos, titos... (Estrabón 3,4,13) que hubieran sido otra cosa. Esta fragmentación étnica y política llevó a los distintos pueblos peninsulares a adoptar hacia Roma posturas muy distintas, desde la colaboración y amistad *ab initio* (caso de Sagunto) hasta la resistencia a ultranza, pasando por una transición entre la resistencia y la negociación, forzada por las circunstancias y la enorme asimetría de recursos entre unos y otros (Sánchez Moreno, 2011) (Fig. 1).

Es muy cierto, con todo, que diversos pueblos peninsulares podían unirse en coaliciones más o menos amplias (Salinas, 1986:81 ss.; Quesada 2005:116 ss.), que además están siendo bien estudiadas en fechas recientes, tanto en el mundo ibérico de las regiones costeras como en la Meseta (Pérez Rubio *et al,*. 2013). Nos referimos a aquellas alianzas exclusivamente entre pueblos peninsulares y contra los cartagineses primero y los romanos después, y tanto agrupando iberos como celtíberos e incluso etnias de los dos grandes grupos etno-lingüisticos (por ejemplo ilergetes, lacetanos y celtíberos en 207-206 a.C. Livio, 128, 24; Pérez Rubio, 2011 Tabla 8.1). Hay al menos entre el 220 y el 133 a.C., una treintena de estas coaliciones documentadas por las fuentes con distintas combinaciones, pero abarcando extensiones de territorio muy grandes que podrían proporcionar cifras de ejércitos como las citadas por las fuentes, de en torno a veinte o incluso treinta mil hombres. De hecho, sólo en estos casos podrían los pueblos peninsulares alcanzar las cifras de efectivos, por encima de los quince-veinte mil hombres, necesarios para enfrentarse con alguna esperanza de éxito a un ejército pretorial o consular romano.

Lo cierto es que desconocemos por completo cómo se articulaban estas alianzas, pero trabajos recientes han apuntado algunas ideas prometedoras. Pérez Rubio y otros investigadores (2013:687-689) han mostrado cómo en varias ocasiones las fuerzas de ciudades próximas o no tan cercanas se movilizaban para acudir en ayuda de una ciudad atacada por Roma (ante Urbicua en 182 a.C,; ante Aebura y Cértima en otras ocasiones). Y en otras esa ayuda no se materializó, lo que permitió al régulo Thurro de *Alce* abandonar en 179 a.C. la alianza y pasarse al bando romano donde militó con lealtad en lo sucesivo (Livio, 40,49). Ya hemos comentado antes que en ocasiones la presión romana podría romper coaliciones previas, como en el caso de la ciudad bela de Segeda, aliada de los arévacos de Numancia en 153, y probablemente abandonada por las demás comunidades de los belos en 152 a.C. También es probable que hubiera en estas federaciones ciudades hegemónicas, como Segeda o Numancia, de entre las que los confederados escogerían a sus generales, como el segedense Caro en 154 a.C.

Hay por otro lado algún pobre indicio de una doble magistratura militar, no solo en el ámbito ibérico como en el caso de Indíbil y Mandonio, sino también en el celtibérico, algo que ya avanzara Schulten en 1937 (*FHA* IV:13) y que podría adivinarse en las figuras de Istolacio e Indortes, enfrentados a Amilcar Barca en 237 a.C., o en el de Budar y Besadines en la Turdetania en 196 a.C. En efecto, en la Segunda Guerra Celtibérica, si combinamos a Floro 1,34,3 y a Apiano, *Iber.* 45, puede que originalmente hubiera dos jefes, llamados Megarábico y Caro respectivamente, aunque hay quien piensa como Hinojo y Moreno (2000:199) que se trataba de la misma persona, nombre y sobrenombre. Pero al morir Caro, los arévacos eligieron a Ambón y Leucón (Apiano, *Iber.* 46) que por el contexto parecen haber sido ambos numantinos arévacos, lo que milita en contra de un mando dual con jefes de las dos ciudades. Además ¿qué hacemos con el Megarábico de Floro, que no vuelve a ser mencionado? Este es un ejemplo de lo desesperadamente ambiguas y escasas que pueden ser las fuentes literarias.

Aparte de lo que podamos suponer para periodos prerromanos (sobre los que, ante la ausencia de fuentes escritas, solo podemos especular) estas alianzas solían ser temporales, sin que dieran lugar a instituciones estables como en Grecia o el lacio (Salinas 1986:82), y no parecen haber tenido en cuenta una estrategia de largo plazo frente a un enemigo común exterior, percibido como una amenaza mortal para todos a medio y largo plazo. Pero sí que parecen haber tenido perspec-

Fig. 1. "Proskynesis". Ilustración Albert Álvarez Marsal. Fuente Manuel Bendala.

tivas estratégicas a corto-medio plazo, como quizá cambios de bando destinados a desestabilizar durante la Segunda Guerra Púnica al bando que más amenazante pareciera (Cartago o Roma, *cf.* Pérez Rubio et al., 2013:687)

Algunos estudios recientes (Pina, 2013:74-75; García Riaza, 2015) plantean que los pueblos peninsulares (y en particular los iberos de las zonas que miran al Mediterráneo) eran, por el contrario, bien conscientes desde c. 218 a.C. de la estrategia romana y de la situación política estratégica del Mediterráneo centro-occidental, y que sus líderes, como Indíbil y Mandonio entre los ilergetes, actuaron en consecuencia. Pina sostiene que las alianzas hispanas con los Escipiones fueron institucionales y no clientelares/personales. Por su parte, García Riaza considera que la visión de un 'subdesarrollo institucional' de los pueblos hispanos, basada en un modelo personalista, propia por ejemplo de Badian (1958:118-124) debe ser abandonada, aun sin negar la obvia evidencia de los contactos de tipo personal entre los Escipiones, por ejemplo, y los líderes hispanos, contactos personales que por otra parte formaban parte esencial del sistema político clientelar romano.

Pero por otro lado, las reacciones de los ilergetes ante Roma muy a fines del s. III a.C. revelan una concepción de la guerra en clave de responsabilidades personales de los líderes, tanto de las lealtades (Polibio, 10, 35-38; Livio, 28,25,12; 28, 24) como de la derrota (Livio, 29,3) muestran a nuestro juicio que no comprendían cabalmente las concepciones e intenciones del Senado romano, nada dispuesto a dejarse aplacar por la simple entrega del jefe local 'responsable' de la guerra con Roma (Quesada, 1996:67; 2003:114 ss.). Multitud de textos, desde el s. III al I a.C. muestran la importancia de las relaciones personales (no necesariamente clientelares aunque a veces expresamente sí) en la red de lealtades de tipo militar en Iberia/Hispania (*e.g.* Polibio 10,34-36; 10,38; 10, 40; Livio 21,5,2-5; 26,49-50; 27,17; 27,19; 28,32,5; 28,34;29,1,19-20; 29,3,1-5; Val. Max. 4,3,1; A. Gelio 7,8,3; Dion Casio, 45,10; Apiano, *Civ*. 1,112; 2,109)

Uno de los mecanismos de información con que contarían los hispanos (término genérico que usamos aquí por pura comodidad pero que no tiene realidad étnica) fueron las legaciones y embajadas que se entrevistaron con los magistrados romanos en la Península y, en ocasiones, con el Senado en la propia Roma. Esto último no es sorprendente en el caso de ciudades de rancia y arcaica tradición cosmopolita, como *Arse*/Sagunto, muy vinculada con Roma desde antes de la Segunda Guerra Púnica (e.g. Livio, 28,38), pero puede parecer más sorprendente en el de *Sekaisa*/Segeda de los Belos, ciudad mucho más interior (Poyo de Mara, Zaragoza). En efecto, los celtí-

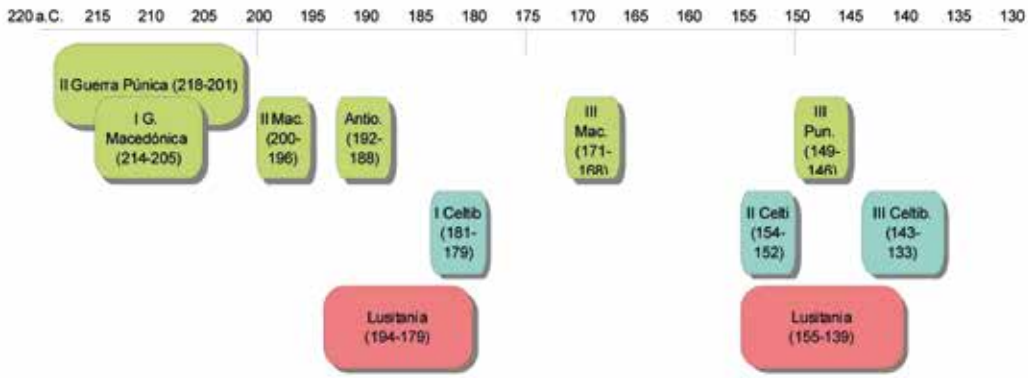


Fig 2. Cronología de las principales guerras de la Roma Tardorepublicana.

beros de esta ciudad y de otras enviaron en 152 a.C. a Roma una embajada de alto nivel para negociar la paz (Polibio, 35; Apiano, *Iber*. 49; ver Per Gimeno, 2014). Que los propios celtíberos no eran una suerte de catetos frente a la grandeza de Roma queda de manifiesto en sus propias viviendas: la 'casa del estrígilo' excavada por F. Burillo en Segeda, y previa al abandono de la ciudad en 153 a.C. (Burillo *et al*. 2008). Este edificio muestra, con sus 283 m2, su patio central, y su ajuar con fuertes influencias helenísticas (como el propio estrígilo o instrumento de la palestra griega que se halló en ella) una forma de vida sofisticada y muy ciudadana-mediterránea. Cuando los nobles segedenses fueron a Roma no debieron para nada sentirse palurdos en la gran ciudad del Tiber.

Por cierto que el episodio de la embajada, en la que las fuentes nos presentan los intereses de los arévacos (hostiles a Roma) como contrapuestos a los de los belos y los titos (supuestamente aliados de Roma) ahonda en la imagen de desunión de los pueblos meseteños. Pero lo cierto es que en los dos años anteriores los belos de Segeda (Apiano *Iber*. 44-49) se habían enfrentado a Nobilior, le habían derrotado y se habían aliado con los arévacos de Numancia. Sólo si algunas ciudades de los belos, como Segeda, se habían aliado con Numancia contra Roma, mientras que otros *oppida* de la misma etnia permanecían neutrales o aliados con Roma, tiene sentido esta contradicción (Per, 2014; Pérez Rubio, 2013:689).

Algunos números

Roma era por su parte bien capaz de aprovechar viejas rencillas y rencores de los pueblos peninsulares, que a menudo pesaban más que otras consideraciones, y mediante una mezcla de amenazas y halagos hacerse desde los primeros años de su desembarco en *Hispania*, allá por el 218 a.C., con necesarios apoyos locales. Parte de ese apoyo adoptaba la forma de apoyo logístico (de grado o bajo coacción) y de información, pero la ayuda fundamental se centró sobre todo en la recluta de contingentes militares auxiliares/aliados activos y numerosos, cosa que ocurrió desde el mismo momento del desembarco de Cneo Escipión, cuando los romanos estaban desesperadamente escasos de fuerzas (Livio, 21,60) (ver recientemente una detallada discusión con la información relevante en Cadiou 2008:262 ss. y 669-672).

En décadas sucesivas la práctica se mantuvo de manera sistemática, como muestra la campaña de Catón del 195 a.C. (Livio, 34,20) en la que Catón se apoyó en los suesetanos, aunque éstos probablemente lo vieran al revés, considerando que utilizaban a los romanos para ajustar cuentas con sus enemigos tradicionales, los lacetanos. Confiar en exceso al principio en esos contingentes aliados locales provocó algún desastre, en especial la muerte de los Escipiones en 211 a.C. (Livio, 25, 32-35) –Roma también estaba aprendiendo a manejarse en una guerra exterior a Italia-. Pero los romanos asimilaban estas cosas rápidamente, y no volvieron a cometer el error de poner su suerte en manos ajenas. Para Livio, uno de los acontecimientos más relevantes de las campañas del 213 a.C. en Hispania fue que Roma reclutó por primera vez en su historia mercenarios puros, celtíberos, no tropas proporcionadas por pueblos aliados o sometidos como antes (Livio 24,29,7-8).

En el caso de la guerra de Numancia del 133 a.C. encontramos este fenómeno elevado quizá a su máxima expresión. El estudio arqueológico de las armas encontradas en los campa-

mentos de la contravalación escipiónica (Luik, 2002 con breve resumen español en Luik, 2010; Lorrio y Quesada, 2017) muestra una ausencia de las armas más características que asociamos a los legionarios romanos (cascos, armaduras, escudos) y una cierta escasez de las otras (espadas, *pila*), mientras que por el contrario abundan las armas propias de la infantería ligera, como diversos tipos de puntas de flecha, proyectiles de honda (incluso algunos con inscripciones de honderos griegos etolios, cf. Gómez Pantoja; Morales, 2008), y puntas de lanzas y puñales bidiscoidales que podrían ser más propios de los *velites* (que no olvidemos suponían casi el 30% de la infantería de una legión en época de Polibio) pero también, incluso con más facilidad, de las numerosísimas tropas hispanas que servían con Escipión y que sin duda por sí solas superaban ya en número a los defensores numantinos. Dicho de otro modo: sostenemos que en la fase final de la Guerra de Numancia había más celtíberos -y quizá iberos- atacándola que defendiéndola. Esta afirmación no se sostiene sólo en los indicios que proporciona el análisis de los restos arqueológicos, sino en las menciones explícitas de las fuentes literarias. En efecto, sabemos que Escipión Emiliano mandaba un ejército consular un poco particular ya que Apiano (*Iber.* 84) especifica que Escipión no se trajo de Italia los refuerzos y reemplazos (*supplementa*) habituales, sino un contingente de quinientos clientes y amigos, y otros tres mil quinientos voluntarios de otras ciudades aliadas con que completar su ejército. Nominalmente, y a partir de los datos de Polibio (6,20 ss. y 3,107,10) su ejército debería haber contado con unos dieciocho mil infantes y dos mil quinientos jinetes, entre legionarios romanos y *socii* itálicos, poco más de veinte mil hombres en total. Si -como dice Apiano-, en Iberia había ya muchas tropas, y Escipión trajo consigo unos cuatro mil soldados adicionales, podíamos llegar a aceptar que su ejército propiamente 'romano' llegara en total a unos veinticinco mil hombres.

Pero el caso es que Apiano menciona expresamente, y en dos ocasiones (*Iber*, 97 y 92) que el ejército de Escipión estaba compuesto por sesenta mil hombres, y especifica incluso que *"el ejército estaba integrado por sesenta mil hombres, incluyendo las fuerzas indígenas"*. Esto quiere decir que al menos treinta y cinco o cuarenta mil de esos soldados eran auxiliares, aliados y mercenarios. Algunos -pocos- serían los honderos etolios mencionados antes, y los arqueros y honderos númidas enviados por Masinissa junto con doce elefantes (Apiano, *Iber*. 89). Pero incluso así, y asumiendo que las cifras de Apiano incluyeran miles de bagajeros (*calones*) y otros no combatientes, es difícil que los hispanos que combatían como aliados de Roma fueran menos de veinte o veinticinco mil hombres.

Frente a ellos, nos dice Apiano (*Iber*, 97), había sólo ocho mil defensores numantinos. En realidad debemos decir arévacos, incluyendo muchos refugiados en Numancia pero no habitantes de la misma, porque Numancia en sí no debió tener más de cuatro o cinco mil habitantes en total, como mucho (Burillo, 2006:56), lo que supone un máximo absoluto de ochocientos-mil cien varones combatientes habitantes de la ciudad (Quesada, 2006b:155). Esto es, por cada defensor arévaco de Numancia habría atacándola en torno a tres celtíberos e iberos, sin contar los romanos e itálicos.

Si en lugar de Apiano (que es nuestra mejor fuente, que para esta guerra se remonta quizá a Posidonio y Polibio) preferimos hacer caso de las cifras de Floro, quien nos habla de un ejército atacante de cuarenta mil romanos contra cuatro mil arévacos (*Epit.* 1,34 =II18), sigue habiendo entre los asediadores un mínimo de veinte mil hispanos, númidas y otros, así pues cuatro o cinco hispanos atacantes por cada hispano defensor.

En general, el número de efectivos romanos en Hispania osciló normalmente entre dos y cuatro legiones (ejércitos pretoriales y consulares) a lo largo del s. II a C. (ver recientemente Cadiou, 2008:85 ss., quien se inclina por creer que dos legiones fue siempre lo normal), sin que el número de tropas itálicas creciera muy especialmente en los momentos de crisis como la guerra de Numancia. Es un patrón por completo distinto al del reclutamiento masivo, con picos de trece legiones, cuando se producían guerras verdaderamente serias contra los macedonios (200-196 y 171-168 a.C.), los seleúcidas (192-188 a.C.) o los cartagineses (149-146 a.C.), que Roma se tomaba de otro modo, como veremos enseguida.

La guerra desde una perspectiva romana...

> *Por un espacio de doscientos años, desde los primeros Escipiones hasta el primer César Augusto, se luchó en ella, no de forma continua ni sistemáticamente, sino según exigían los acontecimientos...* (Floro, 1,33,5)

Es bien sabido, aunque nunca se puede recalcar demasiado, que en Roma la guerra exterior era, entre muchas otras cosas pero quizá en primer lugar, una forma de ejercer la política interior. La República de los siglos III-II a.C. estaba gobernada por un senado compuesto por miembros de una aristocracia

cuyos miembros procedían de unas pocas familias que competían intensamente por las magistraturas. Rosenstein (2007) ofrece un excelente resumen de la faceta militar de esta competitividad. En este sentido conviene ver también en el caso hispano los recientes trabajos de Salinas (2010b; 2014) con su énfasis el primero en el *consilium* de los generales -en particular el de Escipión ante Numancia en 133-, que sólo con cuidadosa extrapolación podemos considerar un 'estado mayor' que incluía jóvenes cachorros de la aristocracia.

Entre el 208 y el 108 a.C. el consulado, la más alta magistratura ordinaria, estuvo copado por solo 24 familias extremadamente ricas y poderosas: en 24 ocasiones lo ocuparon los Cornelios, en 15 los Claudios, en 10 los Fulvios y los Emilio, 9 veces los Postumios y 8 los Flavios y los Sempronios... (García Moreno, 1980:425); el resto se reparte de manera mucho más ocasional entre otras *gentes*. La competencia era feroz, y resultó en un *ethos* extremadamente agresivo en lo político, donde el prestigio se sustentaba en algunos factores estrechamente relacionados con el mundo militar. La guerra era parte de la fábrica institucional de la República, y era decidida por intereses colectivos desde el Senado, como insiste Rich (1993:65), pero también impulsada por los individuos de las familias que lo componían, para quienes gloria y enriquecimiento eran factores decisivos (la visión clásica, iniciadora de un gran debate, es el libro de Harris (1979), *Guerra e Imperialismo en la Roma Republicana*). El equilibrio a veces difícil entre Senado y generales magistrados, en general resuelto a favor del primero como ilustra el episodio de Hostilio Mancino, cuyo tratado con Numancia en 137 fue denunciado por el Senado (Apiano *Iber.* 83) es también tema que genera mucha controversia (ver Rich, 1993 y sobre todo Eckstein, 1987).

Por un lado, las campañas exteriores permitían demostrar la *virtus* del joven aristócrata, cachorro político que aspiraba a sus primeras magistraturas, o del encallecido veterano que buscaba el consulado. Y la *virtus* en este periodo era la hombría, una exhibición pública de valor físico varonil -deriva de *vir*, varón-, que se demostraba por ejemplo por las cicatrices recibidas honrosamente en la batalla (McDonnell, 2006, Lendon, 2005:173 ss.). La *virtus* que era la cualidad necesaria y decisiva en un varón con aspiraciones (Polibio, 31, 29, 1; Plauto, *Amph.* 648-653). Las fuentes clásicas republicanas insisten una y otra vez en la importancia de la *fama* o reputación obtenida en el campo de batalla (Polibio, 6,54,3; 6,39,1-11; Salustio, *Iug.* 85, 29-30; Salustio, *Cat.* 7,3-6; Livio, Per. 70,1; Cicerón, Verr. 2.5.3.; Plutarco, *Sert.* 4.4...). Para quien quisiera progresar en la política romana era imprescindible que su *virtus* fuera reconocida, si es posible ganada además en combate individual (Oakley, 1985) o por haber salvado a un compañero en batalla.

Por otro lado, también un humilde centurión o un soldado cualquiera podía ganar reputación, como en el tremendo ejemplo de Espurio Ligustino (Livio 42,34), y ello redundó en la enorme agresividad del ejército romano republicano en combate, agresividad que, combinada con una feroz disciplina, le proporcionaba una enorme ventaja militar sobre cualquier enemigo (Lendon, 2006 y 2014-15; ver Plutarco, *Cato Mai.* 20, 7-8; Livio, 23,23,5-6; Apiano, *Pun.* 112, Aulo Gelio, 6,5,13, etc.). Sin duda hubo otros elementos en la efectividad del ejército romano, como su organización, la mezcla de palo (recompensas) y zanahoria (disciplina), pero creemos que Wolff omite el factor clave de la *virtus*/agresividad cuando analiza las causas de los éxitos romanos, al menos en época republicana (Wolff, 2012:117-191)

Por otro lado, el botín ganado en campaña (Coudry; Humm, 2009; González Román, 1980; García Riaza, 2002) era absolutamente necesario para conseguir lealtades y progresar en política, de ahí que las campañas en Oriente, contra grandes estados ricos y populosos fueran mucho más populares que las occidentales, contra pueblos mucho más modestos en su riqueza y población, y a la vez mucho más difíciles de derrotar en una breve campaña por su misma desunión. Una gran victoria militar proporcionaba simultáneamente reputación y riqueza; el ansiado *triunfo* con su exhibición de botín, era la mejor expresión de ello (Ñaco, 2003:205 ss.; Beard, 2007: 147 ss.).

En tercer lugar, las victorias exteriores permitían comprar lealtades entre los ciudadanos-soldados mediante generosas donaciones (a partir sobre todo de la parte del botín, Beard, 2007:40), pero también, y progresivamente más, crear redes de clientela extranjera, en forma al principio de lazos de *amicitia* con príncipes locales (como los que los Escipiones establecieron cuidadosamente en África e Hispania), y luego con comunidades que así contaban con un valedor en Roma (como Emilio Paulo en 171 a.C., Livio, 43,2,7, *contra* Pina, 2013:72) y que llegarían a ser decisivos en las Guerras Civiles del s. I a.C. (Badian, 1958). Sin embargo en fechas recientes crece una perspectiva crítica (Pina, 2013, 2014 y Jehne y Pina, 2015) que limita mucho el peso de las clientelas republicanas hispanas en el ascenso político de los aristócratas romanos de los siglos II-I a.C.

En consecuencia, la guerra exterior era inseparable del desarrollo de la muy competitiva política interior de Roma, y su ritmo, y su desarrollo mismo, iba en función de los intereses del Senado como un todo, y de los magistrados individuales y sus familias en cada ocasión. Esta conflictividad política marcaba no solo la declaración de ciertas guerras, sino, sobre todo, el momento de las mismas. Y el *tempo* y recursos dedicados podrían variar, y de hecho lo hacían, en función de los equilibrios políticos en Roma mucho más incluso que por la resistencia que pudieran ofrecer en cada caso los pueblos atacados, en este caso los celtíberos.

Incidentalmente, añadiremos que a menudo se ha cargado la culpa de la lentitud de la conquista romana de Hispania en la torpeza militar de muchos de los generales enviados. Torpeza nacida supuestamente del amateurismo de estos políticos que marchaban como Galba a Hispania buscando solo botín sin pensar en la moralidad o las consecuencias de sus actos. Aunque la torpeza de la codicia a menudo fue verdad, en lo que respecta al amateurismo de los generales romanos es necesario negar la mayor: los generales romanos, en esta visión, palidecen ante Aníbal o Pirro… pero ¿también ante un Magón, o un Hannon, o un Perseo?.

Los generales romanos no eran en absoluto *amateurs* de la milicia, 'políticos de uniforme' como a veces se les ha caricaturizado, y así lo pone de manifiesto toda la investigación reciente (Cadiou, 2014-15; Sierra, 2010, con provocadora exageración en el título mismo de su artículo). Polibio lo dice claramente: cada uno de los seis tribunos de una legión (el mando superior más bajo) debía sumar al menos entre cinco y diez años de servicio militar previo; y "nadie puede ser investido de cualquier magistratura si no ha cumplido 10 años íntegros de servicio…" (Polibio, 6,19,1). Desde que era un adolescente cualquier noble romano servía en el ejército, a menudo cerca de su padre, y aprendía así 'el oficio' (Polibio, 9,8,1; Plutarco, *Flam.* 1, 4-5). En estas condiciones, cualquier general en jefe romano era un veterano. Otra cosa es que la veteranía puede asegurar cierta competencia, pero no genialidad, y en esto todo nos lleva a la conclusión de que el ejército romano republicano contó con su cuota proporcional de generales geniales, excelentes, buenos, mediocres, malos y desastrosos, como cualquier otro ejército de la historia, pero que en conjunto desarrolló un generalato globalmente comparable al cartaginés, macedonio o de cualquier otro pueblo, y además un ejército normalmente más eficiente y más numeroso (Quesada, 2015:70-71). Además, la rotación de mandos permitía no tanto eliminar a los incompetentes (que no solían perder demasiado en su carrera política si estaban bien apoyados, e incluso podían ejercer mandos ulteriores como ha demostrado Rosenstein, 1990) sino sobre todo hacer 'repetir' a los generales más competentes mediante las propreturas y proconsulados o incluso saltándose las normas de rotación mediante reelecciones para crisis específicas mediante mandatos extraordinarios (caso de los dos grandes Escipiones, por ejemplo).

La impopularidad de la guerra, en el caso de Hispania, resulta según las fuentes de la dureza de las campañas y de la escasez de botín (*cf.* Floro, 1, 34,17, pero en comparación con Grecia, pero no con otros destinos, ya que a veces las cantidades de oro y plata capturadas en la Ulterior fueron muy sustanciales, ver González Roman, 1980:Tabla 1; García Riaza, 2002:*passim* y 56 ss., 224 ss., 254 ss.). Es por ello por lo que en 151 a.C. hubo dificultades para reclutar tropas con destino a Hispania, considerada un destino 'difícil' (Apiano *Iber.* 49; Val. Max. 3,2,6); Livio *Per.* 48,17). La situación había llegado a un extremo que era casi imposible encontrar quienes se alistaran para Hispania, aduciendo los jóvenes y no tan jóvenes "unas excusas que era una vergüenza alegar, indecoroso defender e imposible investigar…" (Polibio, 35,4). Aunque se han planteado dudas sobre este caso concreto, son muchos los episodios en todo el s. II a.C. que documentan reticencias al reclutamiento, no solo para Hispania, sino para Macedonia o Liguria por ejemplo (191 a.C., Livio, 34,56; 171 a.C., Livio, 42,32; 169 a.C.; Livio, 43, 14; 145 a C., Apiano, *Iber.* 65; 140, Livio, *Per.* Ox.54; 138, Licio, *Per.* 55 y Frontino, *Strat.* 4.1.2). De todos estos ejemplos compilados por Cadiou, 2009:24 y Hoyos, 2007:64, solo uno (un caso individual) se refiere a Hispania, que no resulta pues ser pues un caso de dureza excepcional.

Por todo esto, la idea de que "la gesta de sus gentes sencillas [de Numancia] fue tan impresionante que hizo temblar el poder de Roma hasta sus mismos cimientos" (Lago, 2006:9) es pura fantasía, incluso si tomáramos literalmente y eleváramos al cubo las más exageradas reflexiones de autores romanos sobre la dureza de la guerra en la meseta peninsular, sus pocos beneficios y su impopularidad (en especial el muy tardío Cicerón, quien hablara de Numancia junto con Cartago como del 'terror de la República' en un contexto por completo diferente (*Pro Mur.* 58), u otros autores que oscilan entre la impopularidad de la guerra celtibérica (Polibio, 35,4; Apiano, *Iber.* 49), la ferocidad de la resistencia numantina (Apiano, *Iber.* 76; Floro,

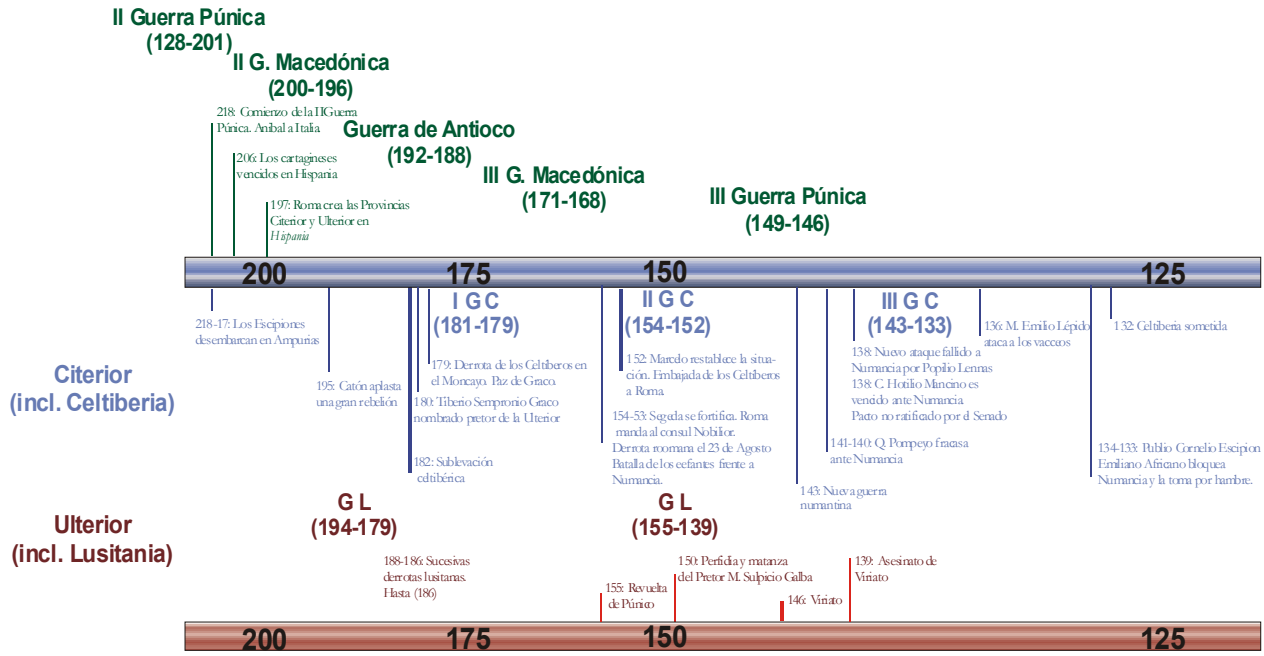


Fig. 3. Comparativa de la actividad bélica romana entre el s. III y finales del II a.C y su relación con las campañas en la Península Ibérica

Epit. 1,34,2) y la pura y simple retórica (Veleyo, 2,90,3; Floro, 1,34,58). La Roma que acababa de aplastar definitivamente a Cartago y que derrotaba con bastante facilidad a macedonios y otros reinos helenísticos, jamás se sintió en peligro serio, ni amenazada, sino simplemente irritada por la pertinaz actitud de los celtíberos, lusitanos y otros pueblos más remotos. Sufrió derrotas humillantes e incluso severas, qué duda cabe, que hicieron la guerra aún más impopular de lo que ya lo era, pero ninguna de ellas pusieron ni remotamente en peligro la estabilidad o la existencia de la República.

La clave para entender la lentitud del proceso de dominación romana de la Península Ibérica, que en pocos años (218-195 a.C.) dominó las regiones levantinas y meridionales más populosas, abarcando quizá una cuarta parte del total del territorio peninsular, para luego demorar siglo y medio la conquista del resto es que, como ha analizado bien en último lugar F. Cadiou (2008:41 ss.) fue un esfuerzo discontinuo, en el que la resistencia no fue ni uniforme ni generalizada. A nuestro juicio los factores claves radicaron en los ritmos de la concurrencia política en Roma más que en la eficacia de la resistencia, y en particular en la declaración de otras guerras más críticas para el Senado y el pueblo romanos.

Si observamos en un cuadro la sucesión de las principales guerras que Roma mantuvo contra otras grandes potencias del Mediterráneo entre finales del siglo III y finales del siglo II a.C., (Fig. 2) veremos que hay un patrón consistente en el sentido de que durante ellas se ralentiza o desaparece la actividad bélica en Hispania, con independencia de lo que intentaran los pueblos peninsulares, a los que siempre se podía manejar por una mezcla de diplomacia práctica, basada en cesiones temporales y en enfrentar a unas ciudades hispanas contra otras. De este modo Roma pudo concentrar sus esfuerzos cuando fue necesario en otros teatros más críticos y prometedores de riqueza y fama. Así, durante la Primera Guerra Macedónica (2014-205 a.C.) -que coincidió con la Segunda Guerra Púnica-, Roma hubo de recurrir en Hispania más a las alianzas y a las promesas que a la fuerza para asentar su control, todavía precario, sobre el nordeste peninsular. A la Primera siguió la Segunda Guerra Macedónica (200-196 a.C., decidida en Cinoscéfalo y en la que Roma ajustó las cuentas con Filipo V por su previo apoyo a Aníbal), durante la que la actividad militar en Hispania se redujo al mínimo. Puede que sea coincidencia o no, pero la gran rebelión hispana del 195 a C. coincidió con la resaca de la gran victoria romana en Grecia,

y por tanto facilitó un cambio de actitud de Roma que ahora tenía las manos libres para duplicar o cuadruplicar las fuerzas romanas en Hispania. Los conflictos en Lusitania entre 194 y 179 a.C. tuvieron un carácter comparativamente menor (en esta línea también Salinas, 2014:431), y no impidieron a Roma reclutar trece legiones, de las que sólo dos permanecerían en las provincias hispanas Citerior y Ulterior, para vencer decisivamente al rey seleúcida Antíoco III (Guerra en Siria, 192-188 a.C. con victoria romana en Magnesia). Puede de nuevo que sea casual, pero sólo entonces, con las manos libres de nuevo en el Mediterráneo, estalló en 181 a.C. la llamada 'Primera Guerra Celtibérica' (181-179 a.C.) cerrada con la paz de Graco que perduraría casi un cuarto de siglo y que permitiría a Roma concentrar esfuerzos para aplastar definitivamente a Macedonia en la Tercera Guerra (171-168, culminada en Pidna y la desaparición del reino macedónico). El momento en que este patrón parece más claro es a partir del 154 a.C., cuando la Segunda Guerra Celtibérica (154-152 a.C.) quedó frenada hasta la Tercera y definitiva, la de Numancia (143-133 a.C.), mientras que en los años intermedios Roma aplastó y destruyó Cartago en la Tercera Guerra Púnica (149-146 a.C.) (Fig. 3). Cabe pues pensar que Roma endurecía sus actitudes y exigencias en Hispania cuando se sentía libre en otros teatros de operaciones, provocando incluso guerras buscadas.

Es cierto que este patrón de alternancia resulta más atractivo en un gráfico genérico que bajo la lupa de un análisis detenido, ya que -por un lado- a menudo pasan varios años entre una guerra y otra (por ejemplo, la Segunda Celtibérica concluyó en 152 y la Tercera Guerra Púnica no empezó hasta casi tres años después), y -por otro- se omiten otros conflictos en otras provincias. Además, esta idea finalmente parece negar a los hispanos la capacidad de tomar sus decisiones, convirtiéndoles en sujetos puramente pasivos. Pero también es cierto que Roma tenía la capacidad de incrementar o frenar sus presiones y exigencias (impositivas, diplomáticas), su 'talante' en fin, de acuerdo con sus deseos, encendiendo o calentando los ánimos, y que esas actuaciones sólo muy parcialmente quedan reflejadas en las fuentes que nos han llegado.

Celtíberos y Romanos... no tan diferentes en armas y tácticas.

Pese a lo que ha creído una buena parte de la tradición investigadora hispana, sujeta a la abrumadora influencia de la *auctoritas* del gran Adolf Schulten (1914, 1945:31 ss.; 162), el armamento individual y la forma de combatir de las pequeñas unidades en el ejército romano y en el mundo celtibérico o ibérico no eran tan diferentes, y ello tiene muchas más consecuencias explicativas de lo que parece. En otros lugares (Quesada, 2006a, 2006b específicamente en el caso de los celtíberos y 2011) hemos argumentado con más detalle a un doble nivel: por un lado, en el de las armas y su empleo, y por otro, en el de la táctica de unidades. Haremos ahora breve resumen de estas ideas.

En primer lugar, cuando se habla de guerra en el mundo clásico, los manuales de divulgación y obras de síntesis suelen unir el mundo 'grecorromano', lo cual tiene mucha lógica desde una visión sintética, e incluso desde el de la composición social de los ejércitos ciudadanos de ambas penínsulas, la balcánica y la itálica. Sin embargo, y a partir del s. IV a.C., esta unidad de exposición tiende a ocultar un fenómeno que las propias fuentes clásicas exponen de manera meridianamente clara: que las armas de la legión romana manipular y de las falanges hoplita y falangita griegas eran radicalmente distintas e implicaban formas de combate por completo diferentes e incluso antagónicas. Como decía Livio (9,19,7-8) comparando a los macedonios y a los romanos: "Sus armas, el escudo redondo y la pica larga; las de los romanos, un escudo que protegía mejor el cuerpo y la jabalina, arma arrojadiza con un impacto bastante más fuerte y un alcance bastante más largo que la lanza". Esto, evidentemente, tenía consecuencias importantes en la forma de combatir, como nos recuerda un militar, Polibio (18,28):

> *También los romanos ocupan con sus armas un espacio de tres pies cuadrados. Pero, puesto que en su modo de luchar cada uno se mueve separadamente, porque el escudo protege el cuerpo girándose siempre a prevenir la posible herida, y el legionario romano en el combate lucha con la espada que hiere de punta y de filo, es notorio que se precisará un orden más suelto y un espacio de por lo menos tres pies entre hombre y hombre en la misma fila colateral y longitudinal, si han de cumplir a satisfacción su cometido. La conclusión será que cada legionario romano se opondrá a dos soldados de la primera fila de la falange...*

El legionario romano de los siglos III-II a.C. era ante todo un soldado armado con la combinación ofensiva espada-escudo, y que ablandaba y desordenaba previamente las líneas enemigas con el uso de jabalinas pesadas arrojadas a corta dis-

	INFANTERÍA 'DE LÍNEA'			INF. LIGERA		CABALLERIA	
	Legionario (*hastatus* /*princeps*)	**Legrionario (*triarius*)**	**Guerrero celtibérico**	***Veles***	**Guerrero celtibérico**	**Romana**	**Celtíbérica**
ARMAS OFENSIVAS	*Pila* (x2)	Hasta	*Soliferreum* o *pilum*, y lanza	Jabalinas	Jabalinas y/o lanza	Lanza empuñada. Jabalinas	Jabalinas
	Gladius (*xiphos* o *hispaniensis*)	*Gladius* (*xiphos* o *hispaniensis*)	Espada recta o *gladius hisp*. y/o puñal	Espada	(Honda)	Espada	Espada
		¿Pugio adoptado?	Puñal				Puñal?
ARMAS DEFENSIVAS	*Scutum* oval en teja	*Scutum* oval en teja	*Caetra* o *scutum plano*	*Parma* circular	*Caetra circular*	*Escudo circular*	*Escudo circular*
	Casco bronce	Casco bronce	Casco de bronce o orgánico	Capacete (*perikaphalos*)		Casco bronce (iconogr.)	¿?
	Pectoral metálico	Cota de malla (sólo los más pudientes)	Coraza orgánica. algunos, cotas			Cota de malla (iconogr.).	¿?
	Greba metálica (1)	Greba metálica (1)	Grebas textiles				
	Fuentes literarias principales + iconografía						
	Polibio (6, 22-25)				**Estrabón (3,4,15 y 3,6); Diodoro Sículo (5,33)**		

Fig 4. Tabla comparativa de las panoplias Romana-republicana (fin s. III-s. II a.C) y celtibérica (A partir de Quesada (2006a) modificado en Lorrio y Quesada (2017)).

tancia (*pila*) y con el empleo de una importante proporción de tropas ligeras integrales a la legión (los *velites*) (Goldsworthy, 1996; Sabin, 2000, Quesada, 2003, Koon, 2011). Esta panoplia y esta forma de emplearla no pueden estar más lejos de la falange de tipo helenístico propia de los estados del este del Mediterráneo en los siglos III-II a.C. De hecho, si queremos buscar un paralelo cercano a las armas romanas y su modo de empleo, el mejor lugar en que podemos buscar es... la Península Ibérica, como muestran tanto la arqueología como las fuentes literarias.

Más allá de la similitud o distancia formal entre un *soliferreum* celtíbero y un *pilum* romano, o entre una espada celtibérica de tipo VI y una espada romana de tipo *xiphos*, o entre la espada celtibérica de tipo VII (Quesada, 1997), y el *gladius hispaniesis*, el empleo de todas estas parejas de armas y su capacidad son idénticos. Precisamente por ello los romanos pudieron adoptar, y de hecho lo hicieron, tantas armas hispanas durante sus guerras (Quesada, 2006c; 2007, Cadiou, 2008:240 ss.; Kavanagh, 2016). Y por eso es también imposible distinguir qué armas usaron tropas itálicas y cuáles emplearon aliados

hispanos en los campamentos del asedio de Numancia. A la inversa, los hispanos se armaban también con los despojos de los romanos derrotados, como ocurrió en 195 a.C. (Livio, 39,30). Un hispano protegido por un escudo oval plano y un casco de bronce (hay varios tipos documentados), y armado con una lanza, un *soliferreum o* jabalina y una espada corta, de entre 45 y 66 cm. de hoja, estaba armado de modo tan eficaz como un legionario (salvo quizá los pocos cientos que podían costearse una cota de malla (Polibio, 6,23,15). Si comparamos en una tabla las armas de los diferentes tipos de tropa de ambos bandos, romanos y celtíberos, veremos que la diferencia es muy escasa (Fig. 4).

La desventaja de los hispanos no estaba pues tanto en las armas, ni en el valor o destreza individuales, sino en los números (como hemos visto) y en la organización jerarquizada y disciplinada de la legión, con una amplia serie de oficiales veteranos, los centuriones, y una jerarquía bien estructurada.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, la forma de combate de las unidades menores era muy similar en el mundo hispano, y en concreto en el celtibérico, y el romano. Así lo reconoce Livio al narrar la batalla de Hibera del 216 a.C.: "pues la verdad es que ni unos ni otros llevaban ventaja en cuanto al número o el tipo de sus soldados *-genere militum-*". De hecho, las fuentes suelen centrarse más en las diferencias en organización y manejo de los ejércitos romanos e hispanos mucho más que en las armas, o en las tácticas (Polibio, 11, 32-33). A menudo, en la narración de combates, las acciones de iberos y celtíberos son las mismas y simétricas a las de los romanos: ambos bandos arrojan sus jabalinas pesadas y se agachan para, protegidos por sus escudos, recibir las de sus enemigos, y de inmediato desenvainan las espadas y entran al choque. Ocurría así en la batalla de Ampurias en 195 a.C. (Livio, 34,14,8-11) y pocos años antes en la Meseta (Livio, 28,2,5-7), en un patrón por completo diferente al que se daba, por ejemplo, en la falange griega donde las tropas de línea no portaban jabalinas y la espada se usaba como último recurso y no como arma fundamental:

> *los romanos lanzaron sobre ellos sus jabalinas. Los hispanos se agacharon ante los dardos disparados por el enemigo y después se reincorporaron para disparar a su vez; los romanos, en formación cerrada como de costumbre, recibieron los dardos juntando los escudos y después se inició el cuerpo a cuerpo combatiendo con espada (gladiis res coepta est)* (Livio, 28, 2).

La guerra de los Celtíberos

En otro orden de cosas, mucho se ha hablado sobre la 'guerrilla hispana' supuestamente característica de los pueblos prerromanos peninsulares, desde época de D. Antonio García y Bellido e incluso antes (Schulten, 1914; García y Bellido, 1945; Gárate, 1970) y sostenida hasta la actualidad, aún parcialmente por algún autor. Antes de examinar este modelo conviene recordar varias cuestiones de concepto. La palabra 'guerrilla' se emplea en contextos militares en dos sentidos de alcance muy diferente, uno táctico y otro operacional/estratégico.

Por un lado, está la táctica 'en guerrilla', en 'escaramuza' o 'en orden abierto' en la que las unidades sobre el campo de batalla no mantienen formaciones rígidas y compactas, sino que luchan dispersas y con gran flexibilidad aprovechando la protección del terreno, es una forma de combate que empleaban en la antigüedad todos los pueblos. El combate 'en guerrilla' es por tanto propio tanto de sociedades primitivas que sólo luchan de esa forma (como algunos pueblos de Nueva Guinea bien estudiados etnográficamente), como de ejércitos regulares que tienen unidades específicamente armadas y organizadas para luchar así en terreno escabroso o para cubrir otras formaciones que luchan en orden cerrado, desde los *psiloi* griegos o los *velites* romanos a los regimientos de 'infantería ligera' de las guerras napoleónicas. De hecho, en época de la toma de Numancia una legión contaba como hemos visto entre sus tropas con un 25% de infantes ligeros entrenados para luchar 'en guerrilla' tanto en el marco de batallas campales como en escaramuzas, forrajeo, etc.. Exactamente igual que los celtíberos, quienes desde que contamos con informaciones literarias aparecen divididos en tropas de infantería ligera (*levis armatura*) y tropas de línea entrenadas para combatir en formación (*scutati*), además de jinetes como ocurría ya en el episodio narrado por Livio (28, 1, 5-8) en el año 207 a.C., cuando se nos describe algo muy parecido a una legión romana (*iusta legio*, escribe Livio) formada por 4.000 *scutati*, 200 jinetes y unos 5.000 infantes ligeros. Aunque se podría objetar que este episodio se enmarca en un contexto en el que estas tropas han sido reclutadas por Cartago, hay que recordar que se trata de celtíberos recién reclutados, novatos, que no han recibido ningún entrenamiento de sus nuevos empleadores, y que por tanto están encuadrados a su manera tradicional. Pues bien, estos celtíberos salen de su campamento formados en orden de batalla regular (*ita instructos*, dice Livio), y comienza la batalla, en la que ambos bandos ejecutan los mismos pasos, como hemos visto antes.

Año	Lugar	Contingente	Resultado	Fuente principal
207	Celtiberia	Celtíberos bajo mando púnico (Magón)	Victoria romana	Livio 28,1,7
193	Toletum	Vaccaei, Vettones, Celtiberi	Victoria romana	Livio 35,7
192	Toletum	Celtíberos	Victoria romana	Livio 35,22
185	Carpetania	Celtíberos?	Victoria celtíbera	Livio 39,30
185	Carpetania	Celtíberos?	Victoria romana menor	Livio 39,31
181	Citerior	Celtíberos	Victoria romana	Livio 40, 30
181	*Contrebia*	Celtíberos	Victoria romana	Livio 40,33
180	*S.Manlianus*	Celtíberos	Victoria romana	Livio 40,40
179	*Alce*	Celtíberos	Victoria romana	Livio 40,48; Frontino *Strat*. 2,5,3
179	Mons Chaunus	Celtíberos	Victoria romana mayor	Livio 40, 50
174	Celtiberia	Celtíberos	Victoria romana aplastante	Livio 41,26
153	Celtiberia	Celtiberos y Belos (Segeda, Numantia)	Victoria celtíbera mayor	Apiano, *Iber*. 45; Diodoro. 31, 39; Liv. *Per*. 47
141	Numancia	Numantia, Termantia	Victorias celtíberas menores	Apiano *Iber*. 76-77
137	Numancia	Celtíberos	Rendición romana sin batalla	Apiano, *Iber*. 80; Plut.*Grach*. 5.4
133	Numancia	Numancia	Numantinos ofrecen batalla campal, romanos rehusan	Apiano (*Iber*. 90, 97)

Fig 5. Ejemplos de batallas campales libradas por ejércitos celtíberos y de otros pueblos de la Meseta contra ejércitos romanos (c. 207-c. 133 a.C.).

Por otro lado, está la 'guerra de guerrillas', que como estrategia es un sistema de operaciones que busca siempre evitar la batalla campal y las operaciones a gran escala, al menos hasta degradar por completo la eficacia del enemigo. Es propio de bandos en gran desventaja numérica, organizativa, de armamento, logística o de todos estos aspectos simultáneamente. Sin embargo, como ocurrió en la Guerra de Independencia, o en las guerrillas del Viet-Minh, la guerra de guerrillas, cuando progresa, acaba normalmente por consolidarse en ejércitos de tipo regular, y en ocasiones, como en Dien Biem Phu, puede realizar operaciones propias de una batalla campal. Pero en circunstancias normales una banda de guerrilleros, incluso numerosa, no podrá derrotar a un ejército completo.

Las fuentes clásicas hablan a menudo de que los pueblos hispanos utilizaban tácticas abiertas que denominaban *concursare*, basada en rápidos ataques y repliegues inmediatos, pero mucho más a menudo describen batallas campales en las que se emplean tanto formaciones cerradas como abiertas (Fig. 4). A partir de ello, la historiografía tradicional ha tendido a confundir ambos conceptos, aplicando a los celtíberos, que contaban con tropas ligeras acostumbradas a luchar 'en orden abierto', 'en guerrilla' o 'en escaramuza' pero que luchaban más frecuentemente en batallas campales que en emboscadas o ataques a pequeñas escala, con una 'guerra de guerrillas' propiamente dicha. En realidad, la operación más frecuente de las Guerras Celtibéricas fue la guerra de asedio, seguida por la batalla campal.

Fue probablemente el alemán A. Schulten, conocido en España sobre todo por sus excavaciones en las obras del cerco escipiónico (Schulten, 1914-,31) quien más popularizó la idea de la 'guerrilla celtibérica', a menudo incluso forzando las fuentes mucho más allá de lo que éstas admiten, u omitiendo fuentes relevantes que militan en contra de sus ideas preconcebidas. Esto no disminuye por supuesto el enorme valor objetivo de muchas de sus aportaciones arqueológicas e históricas, aunque sus interpretaciones sin embargo hoy son miradas con ojos más -o muy- críticos (Blech, 1995, 2007; Cadiou, 2008:296 ss.). Desde su visión romántica de la España de su época, que sin duda amaba (1945:181 ss.; Wulff en Schulten, 2004:(XXII y ss.), Schulten pensaba en términos de 'características nacionales' intemporales que aplicaba a su idea de cómo debió ser su

forma de guerrear: individualismo, valor, patriotismo intenso, orgullo, fiero sentido de la independencia, inconstancia e indolencia... En su opinión, 'la táctica particular de la guerra de los numantinos era... la de las guerrillas, con sus asaltos a las columnas de soldados y de aprovisionamiento, sobre todo en emboscada. La batalla campal se evitaba" (Schulten, 1945:162). ¿Qué ocurre entonces? Que cuando el alemán se ve enfrentado con la narración extensa -por parte de las propias fuentes romanas- de una batalla campal por parte de un gran ejército, que dura muchas horas e implica decenas de miles de hombres, se ve obligado a convertir esta acción en una acción de guerrilla, sin detenerse en el absurdo inherente a la tarea.

Es lo que ocurre por ejemplo, con su narración de la derrota del cónsul Nobilior el día 23 de agosto del año 153 a.C. (las *Vulcanalia*) a manos de numantinos y segedenses, al menos, y quizá de otras ciudades y pueblos. En la narración de Apiano (*Iber.* 45), todo un ejército romano consular con casi treinta mil soldados (lo que debe incluir aliados locales y no combatientes que acompañaban al ejército, pero que no debiera bajar de dieciséis mil legionarios romanos y sus aliados itálicos) fue atacado por sorpresa por nada menos que veinticinco mil infantes y cinco mil jinetes celtíberos al mando de Caro, en una zona de arbusto denso (*lochme,* no un bosque o *ile*), sufriendo hasta seis mil bajas. Los romanos conservaron el orden, sin embargo, y lograron aguantar hasta la noche sin desbandarse. Evidentemente, esto es una batalla a gran escala, como la gran batalla de Aníbal en lago Trasimeno, también iniciada con una emboscada a gran escala (Polibio, 3, 83-84) que nadie considera por ello una acción de guerrilla o de guerra irregular. Sin embargo, esto es exactamente lo que hace Schulten con las *Vulcanalia*: "Como el enemigo -celtíberos- solo (*sic*) contaba con veinticinco mil hombres a lo sumo, ligeramente armados (*sic*) y su cuidado era evitar una batalla (*sic*), no era verosímil que fuese a colocarse ante los treinta mil hombres de Nobilior. Por el contrario, debía contarse desde un principio con la sorpresa de alguna emboscada... entonces sucedió algo terrible. En el desfiladero *[aquí Schulten se inventa la topografía; Apiano no habla de un aulon ni de un bosque cerrado, sino de lochme, una zona más abierta de arbustos y árboles dispersos]* se hallaba Caros con 20.000 hombres a pie y 5.000 de a caballo *[cuya posición o utilidad en un desfiladero boscoso no se plantea]*... rehuía los ataques de los legionarios escondiéndose en el bosque donde éstos no podían seguirle..." (Schulten, 1945:48-50).

La influencia de las ideas de Schulten ha sido incluso asfixiante, hasta el punto de ser mantenidas incluso por parte de la investigación hasta la actualidad (Almagro Gorbea, 1997:221; Almagro-Lorrio, 2004:100 todavía consideran la batalla de las *Vulcanalia* como una acción de guerrilla). Del mismo modo Salinas (2010a: 150 ss.) sigue pensando que las fuentes no describen más que una sola batalla campal de los celtíberos (ver más adelante) y que nuestra comparación de las *Vulcanalia* con Trebia (*sic,* es Trasimeno, Quesada, 2006b) es superficial... para a continuación admitir que los celtíberos formaron necesariamente ejércitos organizados capaces de luchar en batallas campales, razonamiento a nuestro juicio superado en que también cae alguna bibliografía extranjera reciente que se resiste a abandonar el paradigma anterior aunque admite una contradicción (*e.g.* Varga,2015:126 ss.vc. 138 ss). Más explícita aún era M.P. García-Gelabert, para quien "el armamento usado por los hispanos era simple y ligero, adecuado a un estilo de combate, muy particular... En las contiendas no se exponían frente al enemigo en grandes ejércitos (*sic*), sino que utilizaban el sistema de guerrillas, con gran movilidad, lanzándose al combate en tropel, saltando según su costumbre" (1989:70).

La razón de la perduración de este modelo radica en la combinación de tres factores: en parte por su prestigio académico, y en parte porque durante el casi medio siglo de régimen franquista los conceptos abanderados por el sabio alemán coincidían con los sostenidos por la política oficial (Díaz Andreu, 2002:89 ss.; Ruiz Zapatero, 1996; Wulff, 2003:231 ss.; Jimeno, de la Torre, 2005:197-208). Pero es que, además, estas ideas podían adquirir una base aparentemente sólida en textos cuidadosamente espigados de autores clásicos que, al insistir en la barbarie de los pueblos peninsulares, y en su primitivismo, por ejemplo en el ámbito de lo militar, mostraban así el inherente derecho romano a dominarlos (Quesada, 2006b:161-162). Por tanto, y por razones diferentes, buena parte de las fuentes antiguas, si no se analizan teniendo en cuenta su sesgo, los sabios alemanes románticos y nacionalistas, y los españoles decimonónicos nacionalistas primero, y los franquistas nacionalistas después, tenían interés en destacar la peculiaridad hispana y la relación pasado-presente, aún a costa de convertir a los pueblos hispanos en más primitivos y atrasados de lo que fueron.

La historiografía tradicional se ha apoyado en textos clásicos que insisten en las tácticas de guerrilla, incluso en batallas campales, mientras que ha despreciado muchas otras que

describen una batalla *acie instructa*, en orden cerrado (Quesada, 1997:657 ss. y 2006b para análisis completo). Del mismo modo, a veces se han utilizado referencias de época cesariana (mediados del s. I a.C.), que responden a un contexto social y militar por completo distinto, y que no son aplicables a siglo o siglo y medio antes (Quesada, 1997.662-663). En época de Pompeyo y César los romanos andaban surtidos de fuerzas legionarias veteranas, y sólo requerían de los hispanos para proporcionar caballería e infantería ligera, por lo que apenas tenían necesidad de la vieja infantería 'de línea' local, inferior obviamente a la romana. Otras veces se aplican referencias a los lusitanos del oeste a la generalidad de Hispania, sin reparar en que Diodoro dice explícitamente que los lusitanos son inferiores a los celtíberos en combate cerrado (5,34,5). Todas estas extrapolaciones y distorsiones han acabado distorsionando lo que las fuentes verdaderamente dicen sobre la guerra tal y como la llevaban a cabo los celtíberos entre el 195 y el 133 a.C.

No entraremos ahora en la toma de ciudades, constante referencia en las fuentes, y nos centraremos en la búsqueda de batallas campales. Ya hemos analizado las *Vulcanalia* del 153 a.C., pero contra lo que se ha dicho, hay otros muchos ejemplos (Fig. 5).

A partir del 195 a.C. los romanos comenzaron a avanzar hacia el interior de la Celtiberia, desde el Ebro y desde el sur, y Tito Livio es explícito al indicar que en el año 193 C. Flaminio en la Citerior sólo tuvo que enfrentarse a salteadores, guerrilleros si se quiere, pero que M. Fulvio, "cerca de la ciudad de *Toletum* se enfrentó en batalla campal [*signis collatis*] a los vaceos, los vetones y los celtíberos; derrotó y puso en fuga a un ejército de estos pueblos y capturó vivo al rey Hilerno". Al año siguiente, una nueva batalla campal permitió a Flaminio tomar Toledo (Livio, 35,22).

Unos años después, en 185 a.C. una escaramuza entre forrajeadores escaló hasta convertirse en una batalla campal en la que los romanos sufrieron cinco mil bajas, hasta el punto de que al caer la noche abandonaron su campamento y huyeron. Cuando los celtíberos se aproximaron al amanecer formados en orden de batalla (*acie instructa*), dispuestos a reanudar la batalla, se encontraron con el campamento abandonado pero lleno de armas y equipo que apropiarse (Livio, 39,30). Los pretores romanos derrotados, C. Calpurnio y L. Quinctio, se dedicaron el mismo año a conseguir aliados hispanos (ver antes) y libraron una nueva batalla campal en la que sus dos legiones (V y VIII) estuvieron a punto de ceder ante el ataque en cuña de los celtíberos, siendo salvados por un oportuno ataque de flanco de la caballería. Al final la batalla se ganó con la captura de 133 estandartes (Livio, 39,31) y la toma del campamento fortificado de los celtíberos. Ambas cosas, el gran número de estandartes (los romanos tenían sesenta por legión) y el campamento fortificado indican una estructura formal de las fuerzas hispanas.

En el año 181 los celtíberos reunieron una cifra inusitada de guerreros, dice Livio (40,30) y ofrecieron batalla campal. El pretor Fluvio Flaco tuvo que pasar la vergüenza de rehusar la batalla, al sentirse en inferioridad, mirando a los celtíberos formados en campo abierto y apto para la batalla. Su solución fue adoptar el tipo de táctica irregular que normalmente se asocia a los celtíberos: al cabo de unos días realizó una marcha nocturna y atacó por sorpresa el campamento de unos celtíberos que, en lugar de desbandarse, lucharon disciplinadamente poniendo en aprietos a los romanos hasta que la llegada de refuerzos en forma de la Legio VII salvó el día. Livio especifica (40,32): "Cerca de tres mil enemigos fueron muertos aquel día, cuatro mil setecientos cayeron prisioneros con más de quinientos caballos, y se capturaron treinta y ocho estandartes. La victoria fue importante, aunque no incruenta: cayeron de las dos legiones algo más de doscientos soldados romanos, ochocientos treinta aliados de derecho latino y cerca de dos mil cuatrocientos auxiliares extranjeros". Estas cifra tan detalladas y tan poco 'redondas' aparte de moderadas en el recuento de enemigos muertos, dan la sensación de proceder de un archivo oficial, son realistas, y dan cuenta de una batalla en toda regla (Fig. 6).

Por otro lado, el recurso a tretas como la huida fingida, atribuida siempre a Viriato y a caudillos hispanos como ejemplo de su forma irregular de combatir, fue empleado con la cierta frecuencia por los romanos; así, Sempronio Graco "en lucha con los celtíberos, contuvo a su ejército y fingió temor. Después, envió a la infantería ligera para hostigar al enemigo y retirarse, atrayéndole. En ese momento atacó cuando estaban sin formación (inordinatos) y los derrotó tan completamente que hasta capturó su campamento" (Frontino, Strat. 2, 5, 3; también Livio, 40,48).

Con todo, pese a la capacidad de los hispanos de formar en línea de batalla, su disciplina y orden no estaban a la altura de los romanos. Fue relativamente frecuente que éstos aprovecharan la mala disciplina de marcha de los celtíberos y sus aliados, sin reconocimiento ni mucho orden, para obtener victorias como la de las cercanías de *Contrebia* en 181 a.C. (40,33,4-6):

Fig. 6. "Grupo celtíbero". Ilustración Albert Álvarez Marsal.

> *La misma circunstancia que les impidió resistir y entablar combate -el hecho de no marchar en una sola columna (non uno agmine) ni agrupados en torno a las enseñas (nec ad signa)- fue la salvación para una gran parte por medio de la huida....*

Antes mencionábamos una formación de ataque característica de los pueblos de la meseta, la cuña (*cuneus*), que podía romper una línea legionaria. Una carga de este tipo en el *saltus manlianus* (180 a.C.) estuvo a punto de conseguirlo, pero fracasó... aunque Livio de nuevo proporciona (40,40) unas cifras de bajas romanas muy serias y detalladas: cuatrocientos setenta y dos legionarios, mil diecinueve socii (aliados) latinos homologables con los legionarios, y tres mil aliados auxiliares locales, para un total de casi cuatro mil quinientos hombres, una cifra bastante elevada para los vencedores de un ejército de unos treinta mil soldados (15%).

La gran victoria romana de Mons Chaunus del 179 (Livio 40,50), librada con dureza durante dos días, y la nueva victoria tras las revuelta -aplastada nada más nacer- del 174 a.C. (Livio, 41,26) marcaron el fin de la guerra y un periodo de tranquilidad en la Celtiberia que se prolongaría hasta el estallido de la Segunda Guerra Celtibérica en 154/143. A pesar de que a partir de este momento no contamos con Livio y hemos de conformarnos sobre todo con Apiano, su narración ya analizada de la batalla del 23 de agosto (las *Vulcanalia*) es otro ejemplo de gran batalla campal, en este caso con una importante victoria de los arévacos y los belos. Durante los años sucesivos los romanos sufrieron varias derrotas a manos de los arévacos, alguna de ellas especialmente severa dado que implicaban la derrota de ejércitos sustanciales. Apiano (*Iber*. 76-77) menciona algunas acciones menores durante las magistraturas de Cecilio Metelo y Quinto Pompeyo Aulo, pero el gran desastre fue la ignominiosa rendición de Mancino con todo su ejército, atrapado en una situación desesperada (*Iber*. 80; Plutarco, *Grach*. 5.4).

Fue entonces cuando Roma recurrió, incluso contra el orden constitucional (Apiano, *Iber*. 84) a Escipión Emiliano, vencedor de Cartago unos años antes, y descendiente adoptivo del gran Escipión Africano. Buen táctico, fue el romano quien como hemos visto reunió en 134/133 a.C. un ejército de superioridad numérica abrumadora y encerró Numancia con una contravalación masiva, rehusando la batalla campal que los numantinos le ofrecieron repetidas veces (*Iber*.91, *Iber*. 97). El romano derrotó pues a estos 'guerrilleros' mediante el sistema poco glorioso pero efectivo y sobre todo seguro del hambre y el agotamiento:

> *a los numantinos, que con frecuencia salían fuera de la ciudad en orden de combate (ektassontôn, s.v. LS 'to draw out in battle-order') y le provocaban a la lucha, no les hacía caso alguno, porque consideraba más conveniente cerrarlos y reducirlos por hambre que entablar un combate con hombres que luchaban en situación desesperada* (Apiano, (*Iber*. 90-91) .

Por supuesto, esta enumeración de batallas en campo abierto no obsta que en numerosas ocasiones las fuentes hagan referencia a acciones aisladas de menor entidad, a menudo descritas como luchas contra bandoleros. Y hay al menos un caso, y no referido a la Celtiberia, sino a la ciudad vacea de Cauca, mucho más al oeste, en la que todos los guerreros vaceos son descritos como *psiloi*, esto es, como infantería ligera 'pura', capaz sólo de combatir en orden abierto (Apiano, *Iber*. 51). Pero este es un caso único (Quesada, 2006b:167).

Podemos concluir casi esta recopilación y análisis recordando, como buen resumen. el texto de Polibio (35,1) que suele usarse para hablar de la ferocidad de la guerra en Celtiberia en un contexto de guerrillas, pero que dice exactamente lo contrario:

> *La guerra que estalló entre romanos y celtíberos fue llamada 'guerra de fuego'. Fue extraña por sus características y por lo ininterrumpido de los choques, pues las guerras que se libran en Grecia y en Asia las más de las veces se deciden por una sola batalla... y las batallas mismas las resuelve el choque inicial en la primera arremetida... Pero en esta guerra sucedió todo lo contrario. Los combates los dirimía la noche, pues los soldados, llevados por su coraje, resistían tenazmente y no querían ceder en el cuerpo a cuerpo, por extenuados que estuvieran, sino que desde su huida, se revolvían y empezaban de nuevo. Toda la guerra y la serie infinita de confrontaciones se vieron paralizadas, más que nada, por el invierno.*

Esta visión nueva y radicalmente diferente de la guerra de los hispanos como propia de una actividad más compleja y reglada, y 'moderna' para los criterios del Mediterráneo centro-occidental de los siglos III-I I a.C., es un modelo detallado que venimos proponiendo desde 1989 y sobre todo en nuestra Tesis Doctoral de 1991 (Quesada, 1989:II82-83 y 1997:653-663, sintetizada y refinada en 2002:48 ss.). Esta visión ha sido progresivamente aceptada por la investigación reciente, que en algunos casos (*e.g.* Blanco, 1988:78-79; Ciprés, 2002) venía ya pensando en la misma dirección independientemente y sobre bases distintas más teóricas. Supone un giro sustancial en nuestra percepción de las sociedades ibéricas y celtibéricas como entidades complejas de base ciudadana y no tribal, visión esta última en la que por otro lado la mayoría de los investigadores sí que estaba de acuerdo desde mucho antes, sin que se apreciara la contradicción inherente en admitir una sociedad urbana compleja que practicara una guerra primitiva. Es por ello que el nuevo modelo se viene extendiendo; es el caso por ejemplo de Gracia Alonso (2003:257 ss., comparar con Quesada, 1997:658-660 y 2002:55-57, aunque plantee variantes en que diferimos, 2003: 225 ss.), y sobre todo de otros especialistas como Ciprés, 2002:142; Lorrio, 2009: 219; Pérez *et al*,. 2013:679 ss.; Cadiou, 2008:174-192; 204-240; Sánchez Moreno, 2011:100-101; Lorrio, 2016: Fig. 5). Como escribíamos hace algún tiempo en un trabajo previo, "los ejércitos celtíberos, bien por pueblos individuales, bien por coaliciones, se comportaron -si leemos las fuentes con detenimiento, sin prejuicios y sin necesitar mezclar a los celtíberos con iberos o lusitanos-, como ejércitos organizados, dotados de contingentes mixtos de infantería de línea, ligera y caballería, agrupados por ciudades, y que luchaban habitualmente en batalla campal, sin duda no con la disciplina y organización típica de las legiones romanas, pero tampoco como 'bandas y guerrillas' en la denominación tradicional que ha hecho fortuna. Eran bien capaces de poner en aprietos a legiones veteranas en *acies instructa*, hasta el punto de que los mejores generales romanos evitaron los riesgos de una batalla campal. Los celtíberos utilizaron en su ventaja el conocimiento del terreno, pero ni por tamaño de los contingentes, ni por estructura, ni por táctica podemos seguir pensando en una guerra de guerrillas irregular en el sentido clásico del término, con tácticas de ocultación, de evitación del combate cuerpo a cuerpo, y el empleo de contingentes muy reducidos. Y ello, si tenemos en cuenta lo que sabemos sobre otros aspectos de una sociedad como la celtíbera, con organismos políticos definidos, base urbana, economía y comercio complejos, etc., no es de extrañar. Lo verdaderamente extraño sería que una sociedad compleja como ésta llevara a cabo una actividad social -tipo de guerra- de nivel mucho más primitivo que en las demás facetas de esa misma actividad social global" (Quesada, 2006b:167).

Bibliografía

ALMAGRO GORBEA, M. (1997) "Guerra y sociedad en la Hispania céltica". En *La Guerra en la Antigüedad*. Madrid, pp. 207221.

— y LORRIO, A. (2004) "War and society in the Celtiberian World". En E-*Keltoi* 6, 73-112

ALVAREZ MARTI-AGUILAR, M. (1997): "Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: el cerco de Numancia de Miguel de Cervantes y la Historiografía sobre la España antigua en el s. XVI". En *Hispania Antiqva*, 21, 545-570.

BADIAN, E. (1958): *Foreign clientelae (264-70 BC).* Oxford.

BEARD, M. (2007): *The Roman Triumph.* Cambridge Mass, Harvard UP.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1988): *Los primeros Españoles. Historias del Viejo Mundo.* Historia 16., 1, Madrid.

BLÁNQUEZ FRAILE, A. (1934 3ª Ed.) *Historia de España.* Barcelona, Ramón Sopena.

BLECH, M. (1995): "Schulten und Numantia". En *Madrider Mitteilungen, 36,* 38-47.

— (2007): "Adolf Schulten, the German Archaeological Institute and Field Research in Hispania". En A. Morillo, J. Aurrecoechea (eds.) *The Roman Army in Hispania. An Archaeological guide,* 25-35. León.

BURILLO MOZOTA, F. (2006): "Oppida y ciudades estado en el Norte de Hispania con anterioridad al 153 a.C.". En F. Burillo (ed.) *Segeda y su contexto histórico,* 35-70. Zaragoza.

— ; CANO, M.A.; LOPEZ; R.; SAIZ, M.E. (2008): *La casa del Estrigilo de Segeda I.* Teruel, Fundación Segeda.

CADIOU, F. (2008): *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la République (218-45 av. J.—C.).* Madrid, Casa de Velázquez.

— (2009): "Le dilectus de l'anée 151 et les guerres celtibéro-lusitaniennes: remarques sur la question de la réticence face au service militaire dans la Rome du IIe av.JC". En B. Antela, T. Ñaco (eds.) *Transforming Historical Landscapes in Ancient Empires, BAR IS 1986,* 23-32. Oxford.

— (2014-15): "¿Aficionados o profesionales?. la cadena de mando". En La Legión romana (i). *La República media. Desperta Ferro Especial,* VI, 30-35.

CIPRÉS TORRES, P. (2002): "Instituciones militares indoeuropeas en la Península Ibérica". En P.Moret, F.Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico,* 135-152. Madrid.

— (2013): "Pueblos enfrentados a Roma e identidad: el caso de los celtíberos". En J. Santos Yanguas, G. Cruz Andreotti (eds.) *Romanización, fronteras y etnias en la Roma Antigua. El caso hispano,* 235-279. Vitoria.

CORTADELLA, J. (2005): "La Numancia de Cervantes: paradojas de la heroica resistencia ante Roma en la España imperial". En *Actas del XI Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas. Seúl 2004,* 557-570.

DÍAZ ANDREU, M. (2002): *Historia de la Arqueología. Estudios.* Madrid.

COUDRY, M.; HUMM, M. (eds.) (2009): *Praeda. Butin de guerre et societé dans la Rome républicaine.* Stuttgart, Franz Steiner.

ECKSTEIN, A.M. (1987): *Senate and General: individual decision making and Roman Foreign Relations, 264-194 BC* Berkeley.

GARATE CÓRDOBA, J.M. (1970):"La Hispania indómita. Las guerrillas celtíberas como antecedente para la historia del ejército español". En *Revista de Historia Militar* XIV, 21-40. Madrid.

— *et alii* (1981): *Historia del Ejército Español.* I, Madrid.

GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M.P. (1989): "Estudio del armamento prerromano en la Península Ibérica a través de los textos clásicos". En *Espacio, Tiempo y Forma,* II, 69-80. Madrid.

GARCÍA MORENO, L.A. (1980): *La Antigüedad clásica. I. Epoca helénica y helenística.* Pamplona, Univ. de Navarra..

GARCÍA RIAZA, E. (2002): *Celtíberos y lusitanos frente a Roma: diplomacia y derecho de guerra.* Anejos de Veleia, Serie Minor, 18, Vitoria.

— (2015): "Institutional aspects of the Roman Expansion in the Iberian Peninsula (218-133 a.C.)". En M. K. Jehne, F. Pina (Eds,.) *Foreign clientelae in the Roman Empire. A reconsideration. Historia, Einzelschriften,* 119-139. Stuttgart, Franz Steiner Vrlg.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1945): *Bandas y guerrillas en las luchas contra Roma.* Discurso leído ante la R. Academia de la Historia, Madrid.

GÓMEZ PANTOJA, J.L.; MORALES HERNÁNDEZ, F. (2008): "Los etolios en Numancia". En F. Cadiou, M.A. Magallón y M. Navarro (eds.) *La guerre et ses traces...* Saldvie, 8, 37-58. Zaragoza.

GONZÁLEZ ROMÁN, C. (1980): "Economía e imperialismo: a propósito de los praeda-manubiae en la Península Ibérica durante el siglos II a:C.". En *Memorias de Historia Antigua,* 4, 139-149.

GRACIA ALONSO, F. (2003): *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos.* Barcelona, Ariel.

HARRIS, W.V. (1989, ed.or. 1979): *Guerra e imperialismo en la Roma Republicana.* Madrid, s. XXI

HINOJO, G.; MORENO, I. (200) FLORO (trad. Hinojo Andrés, G. y Moreno Ferrero, I.) *Epítome de la Historia de Tito Livio.* BCG, 278, Madrid, Gredos.

HOYOS, D. (2007): "The Age of Overseas Expansion (264-146 BC)". En P. Erdkamp (ed.) *A Companion to the Roman Army,* 63-79. Oxford, Blackwell.

JEHNE, M.; PINA POLO, F. (Eds.) (2015): *Foreign clientelae in the Roman Empire. A reconsideration.* Stuttgart, Franz Steiner Vrlg..

JIMENO, A.; DE LA TORRE, J.I. (2005): *Numancia. Símbolo e historia.* Madrid, Akal.

KAVANAGH DE PRADO, E. (2016): "Algunos apuntes en torno a la adopción de armas hispánicas por el ejército de Roma". En R. Graells, D. Marzoli (Eds.) *Armas de la Hispania Prerromana-Waffen im Vorrömischen Hispanien. Actas del Encuentro Armamento y Arqueología de la guerra en la Península Ibérica prerromana. Madrid, 2014.* (RGZM Tagungen, 24), 149-163. Mainz, RGZ.

KOON, S. (2011): "Phalanx and Legion: the 'face' of Punic War Battle". En D. Hoyos (ed.) *A companion to the Punic Wars, 77-94.* Oxford, Wiley-Blackwell.

LAGO, J.I. (2006): *Numancia. Eterno monumento a la libertad.* Guerreros y batallas, 27, Madrid, Almena.

LENDON, J. (2005): *Soldiers and Ghosts. A history of battle in Classical Antiquity.* Yale UP.visrus

— (2014-15): "Virtus y disciplina. La mente del soldado en la República media". En *La Legión romana (i). La República media. Desperta Ferro Especial,* VI, 56-61.

LORRIO, A.J. (2016): "La guerra y el armamento celtibérico: Estado actual". En R. Graells, D. Marzoli (Eds.) *Armas de la Hispania Prerromana-Waffen im Vorrömischen Hispanien. Actas del Encuentro Armamento y Arqueología de la guerra en la Península Ibérica prerromana. Madrid, 2014.* (=RGZM *Tagungen, 24*), 229-272. Mainz, RGZ.

— QUESADA; F. (2017 e.p.) "Las panoplias numantinas y romanas". En A. Jimeno (Ed.) *Numantia Aeterna*, Soria.

LUIK, M. (2002): *Die Funde aus den Römischen Lagern um Numantia im Römisch-Germanischen Zentralumuseum.* Mainz, RGZM.

— (2010): "Los hallazgos de armas en los campamentos romanos alrededor de Numancia". En F. Quesada, M. Navarro, F. Cadiou (eds.) *De armas, de hombres y de dioses. Gladius*, XXX, 61-78. Madrid.

McDONNELL, M. (2006): *Roman Manliness. Virtus and the Roman Republic.* Cambridge.

MORET, P. (2013): "Colère romaine, fureur barbare : sièges et suicides collectifs dans la troisième décade de Tite-Live". En *Revue des Etudes Anciennes,* 115.2, 477-496.

ÑACO DEL HOYO, T. (2003): *Vectigal incertum. Economía de guerra y fiscalidad republicana en el occidente romano: su impacto histórico en el territorio (218-133 a.C.).* BAR IS, 1158, Oxford.

OAKLEY, S.P. (1985): "Single combat in the Roman Republic". En *Classical Quarterly*, 35, 392-410.

PER GIMENO, L. (2014): "Las embajadas celtibéricas de 152 a.C. a Roma: un estudio de caso". En C. del Cerro et al (Eds.) *Economías, comercio y relaciones internacionales en el Mundo Antiguo,* 395-414. Madrid, UAM.

PÉREZ, J. (20111) *Entender la Historia de España.* Madrid, La Esfera de los Libros.

PÉREZ RUBIO, A. (2011): "Alianzas y coaliciones en la Hispania prerromana". En Tesis de Máster , UAM curso 2010-11, Master en Ha y CC de la Antigüedad, Madrid, UAM.

— SÁNCHEZ MORENO, E.; PER GIMENO, L.; MARTÍNEZ MORCILLO, J.A.; GARCÍA RIAZA, E. (2013): "Symmachíai celtibéricas (220-133 a.C.): Coaliciones militares en el horizonte del imperialismo mediterráneo". En *Palaeohispanica 13 (= Actas del XI Coloquio Internacional sobre Lengus y Culturas prerromanas de la Península Ibérica. Valencia, Octubre de 2012),* 675-697.

PINA POLO, F. (2006a): "El imperialismo romano en la primera mitad del s. II a.C.". En F. Burillo (ed.) *Segeda y su contexto histórico,* 27-34. Zaragoza.

— (2006b): "Imperialismo y estrategia militar en la conquista de Hispania Citerior (218-153 a.C.)". En F. Burillo (ed.) *Segeda y su contexto histórico,* 71-80. Zaragoza.

— (2013): "Generales y clientelas provinciales: ¿qué clientelas?". En J. Santos Yanguas, G. Cruz (eds.) *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua,* 55-80. Vitoria.

— (2104): "Héroes suicidas: La Iberiké de Apiano y la creación de mitos del nacionalismo español". En A. Duplá, M.V. Escribano, L. Sancho, M.A. Villacampa (Eds.) *Miscelánea de estudios en Homenaje a Guillermo Fatás Cabeza,* 571-578. Zaragoza, Inst. Fernando el Católico.

QUESADA SANZ, F. (1996): "Les forces dels antagonistes". En I.Garcés,C. Rovira (eds.). *Indibil i Mandoni, reis i guerrers,* 58-68. Lleida.

— (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.).* Monographies Instrumentum, 3, Montagnac. Ed. Monique Mergoil.

— (2002): "La evolución de la panoplia, modos de combate y tácticas de los iberos". En P. Moret, F. Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico,* 35-64. Madrid.

— (2003a): "La guerra en la comunidades ibéricas (c. 237-c. 195 a.C.): un modelo interpretativo". En A. Morillo, F.Cadiou, D.Hourcade (eds.) *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, 101-156. León-Madrid.

— (2003b): "El legionario romano en época de las guerras púnicas: formas de combate individual, táctica de pequeñas unidades e influencias hispanas". En *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua,* 16, 163-196.

— (2006a): "Not so different: individual fighting techniques and small unit tactics of Roman and Iberian armies within the framework of warfare in the Hellenistic Age". En P. Francois, P.Moret, S. Péré-Noguès, *L'Hellénisation en Méditerranée. Pallas,* 70, 245-263.

— (2006b): "Los celtíberos y la guerra. Tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153 a.C.". En F. Burillo (ed.) *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior,* 149-167. Zaragoza.

— (2006c): "Armamento indígena y romano republicano en Iberia (siglos III-I a.C.): compatibilidad y abastecimiento de las legiones republicanas en campaña". En A. Morillo (ed.). En *Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar,* 75-96. León.

— (2011): "Guerrilleros in Hispania? The myth of Iberian guerrillas against Rome". En *Ancient Warfare,* V.2, 46-52.

— (2015): "Los Escipiones, generales de Roma". En M. Bendala (ed.) *Los Escipiones. Roma conquista Hispania. Catálogo de la Exposición en el Museo Arqueológico Regional (Alcalá de Henares) Febrero-Septiembre 2016,* 66-89. Madrid, Museo Arqueológico Regional.

RICH, J. (1993): "Fear, greed and glory: the causes of Roman War Making in the middle Republic. En J. Rich, G. Shipley (eds.),*War and society in the Roman World,* 38-68. London.

ROSENSTEIN, N.S. (1990): *Imperatores Victi: Military Defeat and Aristocratic Competition in the Middle and Late Republic.* Berkeley, Los Angeles, Oxford.

— (2007): "Military Command, Political Power and the Republican Elite". En P. Erdkamp (ed.) *A Companion to the Roman Army,* 132-147. Oxford, Blackwell.

RUIZ ZAPATERO, G. (1996): "Celts and Iberians. Ideological manipulations in Spanish Archaeology". En P. Graves-Brown, S. Jones, C. Gamble (eds.) *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities.* London, pp. 179-195.

SABIN, P. (2000): "The face of Roman Battle". En *Journal of Roman Studies,* 90, 1-17.

SALINAS DE FRÍAS, M. (1986): *Conquista y Romanización de Celtiberia.* Salamanca-Soria.

— (2010a): "Sobre algunos textos clásicos referentes a la caballería de los celtíberos y el simbolismo de sus armas". En F. Quesada, M. Navarro, F.Cadiou (eds.) *De armas, de hombres y de dioses. Gladius,* XXX, 137-154. Madrid.

— (2010b): "In castreis Scipionis: ejército y política en Roma durante el siglo II a.C.". En J.J.Palao Vicente (ed.) *Militares y civiles en la Antigua Roma,* 15-30. Salamanca.

— (2014): "Hispania en la política exterior de la oligarquía romana del siglo II a.C.". En F. Cadiou, M. Navarro (eds.) *La Guerre et ses traces. Conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (IIIe-Ier s. a.C.),* 431-442. Bordeaux, Ausonius.

SÁNCHEZ MORENO, E. (2011): "De la resistencia a la negociación: acerca de las actitudes y capacidades de las comunidades hispanas frente al imperialismo romano". En E.García Riaza (ed.), *De fronteras a provincias.Interacción e integración en Occidente, (ss. III-I a.C.), pp.* 97-103. Palma de Mallorca, UIB.

— GÓMEZ PANTOJA, J.L. (2008): *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. Vil. II. La Iberia prerromana y la Romanidad.* Madrid, Síntesis.

SCHULTEN, A. (1914): *Numantia I. Die Keltiberer un ihre Kriege mit Rom.* München, Bruckmann.

— (1914-1931): *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912.*I-IV., München, Bruckmann.

— (2004, ed. or. 1945): *Historia de Numancia.* Edición de F. Wulff . Pamplona, Urgoiti.

SIERRA ESTORNES, D. (2010): "El imperator republicano: un general experimentado y un hábil táctico (385-168 a.C.)". En *Polis,* 22, 173-192.

VARGA, D. (2015): *The Roman wars in Spain. The military confrontation with guerrilla warfare.* Barnsley. Pen&Sword.

WOLFF, C. (2012): *L'armée romaine. Une armée modele?* Biblis, 31, Paris, CNRS.

WULFF ALONSO, F. (2003): *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (s. XVI-XX).* Barcelona, Critica.